

QUADERNS DE LA MOLINADA

Memòria i creació literària

2

<http://lamolinada3.blog.com>





Ja podem dir: “un altre número” dels *Quaderns de La Molinada*. Esperem que el futur ens en porti molts més i que siguin com aquest, fet amb l’esforç dels ciutadans i de les ciutadanes de Pallejà que volen aprendre moltes coses i a la vegada compartir les seves experiències.

Estic segur que aquestes pàgines, que llegim ara amb emoció, continuaran interessant també a altres en el futur, perquè la saviesa que es desprèn d’aquests relats no té data de caducitat.

Gràcies a tots i bon estiu. Que sigui molt intens perquè ens puguem explicar moltes aventures quan arribi la tardor!

José Antonio Rubio Leiva
Alcalde



Encara que a vegades els ossos us grinyolin i sembli que us vulguin dir el contrari, no us deixeu enganyar: que joves i moderns que sou!

Després de fer totes les feines que la vida us depara cada dia, encara teniu aquest interès per saber, per aprendre com fer servir les noves tecnologies, per veure i conèixer món, en fi, per anar a l’escola d’adults. I a més, us resten energies i il·lusió per a nous reptes, com aquesta revista en què amb generositat ens expliqueu les vostres vivències.

Enhorabona a tothom i bones vacances. Que comencem el proper curs amb la mateixa intensitat i amb nous i engrescadors projectes.

Jaume Boronat i Olivart
Regidor d’Educació

SUMARI

Antonio Agüera.....	4
Conchi López.....	6
Eulalia Milla.....	10
Francisco Ruiz.....	14
Isabel Milla.....	18
Josefa Martín.....	22
Manolo Morales.....	26
Ofelia Picón.....	30
Rafael Calatrava.....	33
Rosario Mochales.....	37
Rosa Armengol.....	40

QUADERNS DE LA MOLINADA

Memòria i creació literària

2

Juny 2008

Revista de l'Aula de Formació d'Adults de l'Ajuntament de Pallejà.

Aquest número (2) ha estat elaborat pels estudiants del nivell III de l'etapa instrumental.

Fotografies de La Molinada, disseny i direcció: Pedro Molina.

Edita: Ajuntament de Pallejà.

Dipòsit legal: B-23264-2008



ANTONIO AGÜERA CERRILLO

La vida de mi abuela Carmen Cerrillo Sánchez.

Voy a contar un poquito la biografía de mi abuela Carmen. Conocí a los cuatro abuelos. Tengo unos recuerdos muy buenos de todos, pero a mi abuela Carmen es a la que voy a referenciar.

Cuando vivían ellos era una vida muy dura pero, con la miseria que había, tenía tierras de regadío. Tenía cuatro hijos y ha trabajado mucho.

Nació en Coín, provincia de Málaga, en el año 1887. Murió con ciento siete años. Era una persona muy moderna mentalmente y muy imaginativa. Le gustaba muchísimo la playa, como a una joven, y cuando llegaban las fiestas del pueblo, que había baile, ella se divertía viendo a las parejas bailar. También le gustaba ir al campo. Cuando yo iba de vacaciones, venía conmigo muchas veces y lo pasaba muy bien. Con las biznietas se divertía mucho. Se ponía a ensartar las agujas y terminaba antes que ellas, y lo hacía sin gafas.

Antonio Agüera Cerrillo, 28-9-2006

Coín, provincia de Málaga

Mi pueblo está situado en un valle con una campiña muy fértil. Se crían buenos trigos y toda clase de granos pues la tierra es muy buena para criar todo lo que se siembra.

Tiene una vega muy buena, la arboleda es variada, de todas las especies. Yo lo considero como si fuera un jardín botánico. Es inmenso, no se puede enumerar. Tiene mucha agua, tiene un manantial que echa ochocientos litros de agua por segundo. Aparte, hay muchos manantiales. Mi hermano Rafael tiene en la huerta una piscina con una longitud de largo de veintidós metros. Les cuesta cuatro horas llenarla. Tiene un pozo y echa una pierna de agua, pues hay muchos manantiales. Tiene un rancho, con parras y en el centro una mesa de mármol para comer diecisiete personas o veinte. De la mañana hasta la noche de juerga. La vida se vive muy diferente.

Antonio Agüera Cerrillo

Las fiestas de aquellos años

Para las fiestas del pueblo nos juntábamos los jóvenes, todos los amigos. Íbamos todos juntos, pues nos íbamos a las verbenas, que hacían muchas verbenas por los campos. Nos íbamos los chavales y chavalas todos juntos de fiesta, a bailar, y lo pasábamos muy bien. Esto se celebraba el día de San Juan y el de San Pedro.

Los chavales llevábamos caballos, mulos, burros, pero todos no llevaban cabalgaduras. Entonces, el que no llevaba caballo se tenía que relevar con los que íbamos montados pues todos no tenían y otras veces los animales estaban trabajando y entonces no se podían llevar, había que dejarlos descansar. Las fiestas del pueblo nos divertían porque nos

comprábamos helados. Íbamos al parque todos los jóvenes y de ahí nos íbamos al baile y lo pasábamos muy bien.

Antonio Agüera Cerrillo, 9-3-2007



En los años de antes, en casa, las comodidades no existían, no había nada más que fuego a tierra y hornillo de carbón, pues las personas que vivían en el campo no gastábamos para hacer las comidas. Para calentarnos se iba a los braseros. Lo ponían en la mesa camilla, que es una mesa redonda, una tarima redonda, que lleva un paño alrededor para que aguante el calor. Todos los de la casa nos arrimábamos a la mesa.

Para el alumbrado utilizábamos unos candiles de aceite con una mecha que se hacía con las camisetas de algodón. Con aquello teníamos que alumbrar toda la casa.

Mi madre, me acuerdo que siendo yo muy pequeño tenía que llevar la ropa al río que estaba de casa, por lo menos, a medio kilómetro. Cuando lavaba tenía que dar varios viajes porque pesaba mucho. Tenía que lavar la ropa de seis varones. Tenía mucha faena todos los días del año.

Antonio Agüera Cerrillo

Hice la mili en la provincia de Huesca, en Jaca, en la Escuela Militar de Montaña, Compañía de Escaladores, de la cual tengo muchos recuerdos. Estábamos constantemente de maniobras y como me encontraba privilegiado, pues estaba de asistente con el capitán, cuando íbamos de maniobras yo llevaba caballo. A mí me han gustado siempre los animales mucho, así que me lo pasaba muy bien. La primera mañana, cuando llegamos, lo primero que hicimos fue coger una pala y quitar nieve para poder ir a desayunar. Yo apenas había visto la nieve y muy pocas veces en las cantidades que había allí, pues en invierno no bajábamos de los cero grados. Si prestaba ocho grados bajo cero teníamos que meter cubos de agua dentro de la compañía para podernos lavar por la mañanas. Teníamos que formar grades colas para podernos lavar y afeitarse. Había que madrugar mucho para formar para desayunar. Había bastante revuelo, pues teníamos que quitar mucha nieve y hacíamos pasillos para poder llegar a los comedores.



Antonio Agüera Cerrillo, 15-12-2006



CONCHI LÓPEZ SALAS

A La Alpujarra



La Alpujarra es donde nacieron mis antepasados, mejor dicho, en Trevélez nacieron mis bisabuelos, mis abuelos, mis tíos, mis padres, mis hermanos y también, mi hija la mayor.

Es una comarca muy bonita. Antiguamente vivían de la ganadería, como rebaños de vacas, ovejas, cerdos, y otros animales.

Pero hoy en día ha cambiado pues se vive de secaderos de jamones y del turismo que es muy amplio.

Es un pueblo de montaña pegado a las faldas de Sierra Nevada, donde, antiguamente, en una noche caía un metro de nieve. Hoy solo cae medio, cuando cae, que no siempre cae.

Allí nos han dejado nuestros padres una casita donde tenemos un poquito de todo, por ejemplo, tenemos cerezos, perales, moreras, higueras, parras, membrillos y también, varios castaños.

Pero mi favorito es uno que tiene aproximadamente unos 100 años o más. Tiene de diámetro 7 metros y de alto es enorme. Cuando estoy allí siempre voy a verlo, es precioso con aquellas ramas, aquellos erizos y sus castañas, sus hojas verdes que da gusto de estar a su sombra con sus setas que da cada año.

Y aquellos campos llenos de florecillas, y en las flores las abejas comiéndose su esencia, las mariposas, los cigarrones, los pajarillos volando y haciéndose sus nidos, las torcaces, los mirlos y otras más.

También las bandadas de perdices con sus polluelos alrededor y, por qué no, también los conejos.

Qué bonitos son los campos de Andalucía, sobre todo los de Trevélez.

Conchi López Salas, 22-3-07

Mis antepasados

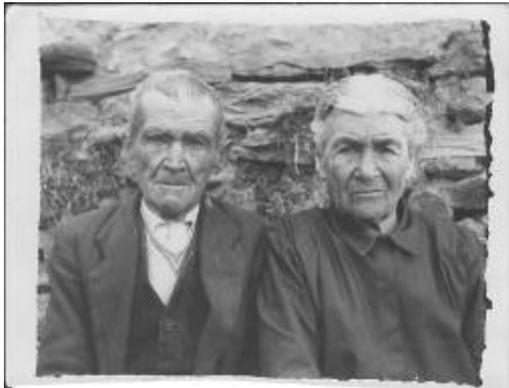
Mis abuelos paternos se llamaban Carmen Salas y Francisco López Salas.

Mi abuelo nació en Trevélez (Granada) pero cuando se casó vivió en Busquístar. Tuvieron 8 hijos.

Mi abuela murió en el año de la epidemia, tres hijos y ella. Quedaron 5 hijos varones y mi abuelo se volvió a casar y tuvo 6 hijos más.

Mi abuelo murió cuando yo tenía un año de vida. Mi tío el mayor, que cuando su madre murió tenía solo 18 años pero se acordaba de cómo era su madre, cuando yo nací decía que yo era el mismo retrato que ella. Mi tío me quería mucho, por parecerme a su madre, y

yo contenta de parecerme a mi abuela. En verdad que no me parezco a ninguno de los que viven.



Mis abuelos maternos se llamaban Virtudes Fernández y Antonio Salas.

Se casaron, tuvieron 8 hijos. Viven 7, con los que he tenido la suerte de jugar muchos años. Algunos ya no viven, por ejemplo mi madre.

Con mi abuelo jugaba mucho porque en el verano me iba a su casa de vacaciones y me lo pasaba muy bien. Le hacía rabiar, le daba bromas y él nunca se enfadaba. Se ponía una gorra en la cabeza o un sombrero de paja y yo se lo quitaba.

Le gustaba mucho una copita de anís por la mañana. Yo se lo escondía o le ponía agua en la botella y le quitaba el anís. Le pedía dinero, me lo daba sobre todo cuando era el día de su Santo, que se llamaba Antonio, porque ese día todos teníamos que ir a su casa. No podía faltar ninguno. Él mataba su cabrito o dos, los que hiciera falta. Qué tiempos, aquellos, qué felicidad tan grade teníamos todos con lo poco que había y lo bien que se pasaba.

Abuelo, te echo mucho de menos, aunque tuve la suerte de tenerte hasta los 90, pero a mí todavía me gustaría tenerte para que mis hijos te conocieran y vieran el abuelo que tenía, tan cascarrabias, como yo te decía. Un besito abuelitos, siempre os querré.

A mi bisabuela por parte de madre la conocí hasta que tuve los 8 años. La recuerdo, una señora bajita, porque la familia de mi madre eran todos bajos, con un moño, toda vestida de negro con una toquilla, una falda atada a la cintura, un delantal, también atado a la cintura y una camisa. La ropa hasta los pies. Debajo de las faldas una faltriquera para llevar todas sus cosas.

Era muy mayor pero le gustaba el anís y se compraba una botella de medio litro. Cada mañana se levantaba, se echaba su traguito y la escondía en el atroje y luego para saber donde la tenía ponía unos huevos encima. También le gustaban mucho los frutos secos, como las nueces, las almendras, las castañas y con la almirez las machacaba y se las comía con una cuchara.

Bisabuela Ana, cuánto me acuerdo de ti, te echamos en falta tus nietos, tus bisnietos, tus tataranietos y los hijos de tus tataranietos.

Conchi López Salas

Mis padres

Mis padres se conocieron a los 17 años. A los 19 se casaron porque mi padre no tenía madre. Tuvieron su primer hijo a los 19. Mi padre se tuvo que ir al servicio militar. Mi madre se quedó con su hijo pequeñito. Estuvo 3 años de mili y cuando lo iban a licenciar estalló la guerra. Siguió en el cuerpo que le tocó, lo mandaron al frente con un batallón de



soldados, porque mi padre fue cabo en la guerra. Al poco tiempo, mi hermano enfermó de tosferina y estaba muy enfermo y mi padre tenía que salir aquella mañana al frente y el capitán médico que visitaba a mi hermano, mando que el cabo Salas no saliera porque su hijo estaba muy enfermo. Aquella noche, mi hermano murió.

Mis padres quedaron muy destrozados y además mi padre tuvo que marchar al frente y mi madre sola. Terminó la guerra y mis padres emprendieron su vida y al cabo de un año vine yo. Mi padre muy contento porque como era niña no tendría que ir al servicio militar y sufrir lo que él sufrió. Así que fui una niña deseada. Cuando yo tenía 3 años nació mi hermana, y a los 4 de mi hermana, mi hermano. Estoy muy orgullosa de los dos.

A continuación yo me casé, tuve 7 hijos. Mi hermana se casó y tuvo 2 y mi hermano tuvo 4. Yo tengo 5 nietos, mi hermana 4 y mi hermano ninguno.

Conchi López Salas

La profesión de mi padre

Mi padre era agricultor desde pequeño, porque su padre lo era, pero se casó y después su hermano, que era fotógrafo de profesión, le enseñó la fotografía y siempre trabajó de agricultor y de fotógrafo.

Entonces tenía una máquina de tres patas, que se llaman trípodes. Él se hacía los líquidos, se cortaba el papel, se preparaba el fijador, se lo hacía todo, porque entonces no había tantas cosas hechas como ahora. Era una profesión muy bonita, a mí me gustaba. Yo empecé a hacer también pero mi madre no me dejó, decía que era de hombres. Pero era una excusa. Tampoco me dejó hacer corte y confección porque tenía que ir a Granada a aprender.

Mi padre, con su trabajo, corrió medio mundo porque en aquellos tiempos no había tanto como ahora y se hacían pocas fotos y tenía que ir de cortijo en cortijo, de pueblo en pueblo, y así ganaba un poco más porque cambiaba la foto por comida. Por ejemplo, él hacía el trabajo y el otro le daba un pan o aceite.

También teníamos campo nuestro y recogíamos, patatas, trigo, maíz, garbanzos, judías, verduras, hortalizas, frutas como higos, melocotones, ciruelas, albaricoques y otras más.

Teníamos animales, conejos, cerdos, marranas de cría, vacas, caballos, gallinas, palomas, cabras, ovejas. Todo era nuestro, por eso nosotros no pasamos necesidad de nada de lo que entonces había.

Mi padre sí que lo pasó mal. Porque tuvo que trabajar muy duro para que no nos faltara de nada. Él siempre decía que mientras tuviera salud a nosotros no nos faltaría de nada. Y así fue.

Papa, siempre te recordaré.

Conchi López Salas, 2-3-2007

Mis hermanos

Yo soy la mayor de 3 hermanos. Conocí a mi marido con dieciséis años, me casé con veinte y tuve 7 hijos. La primera, mi Conchi, casada con mi yerno Juan, no tiene hijos. El segundo se llamaba Manuel, murió con dos meses. El tercero, mi hija Toñi, casada con mi yerno Carlos, tiene un hijo llamado David. El cuarto, mi hijo Manuel está casado con mi nuera Carmen; tienen dos hijos Daniel y Marta. La quinta mi hija Paqui, la que se murió con 24 años. El sexto, mi hijo José Antonio, este está soltero, y el benjamín, Jesús, casado con Susi y tiene dos hijos, Jesús y Dana.



Mi hermana Carmen

Mi hermana conoció a su marido con 17 años, se caso con 22 con mi cuñado Miguel, tuvo dos hijos. La mayor, Carmen, se casó a los 20 con Jorge y ha tenido dos hijos. Viven en Madrid. Francisco está casado con Nuria, tienen dos hijos y viven en Murcia.

Mi hermano se casó con mi cuñada Josefa, ha tenido cuatro hijos, Francisco, María José, Miguel Ángel y Elizabet. María José, casada con Miguel Ángel, no tiene hijos.

Conchi López Salas

La vida de mi hermano

Cuando mi hermano tenía unos 11 años lo pusieron a guardar un rebaño de cabras y ovejas. Mi padre le dio un corderito que él le puso de nombre Lucerito porque el corderito tenía el hociquito, la punta de las orejas y la punta del rabito, negro. El Lucerito, por donde mi hermano iba, él detrás. Era precioso, pero un día tuvo la mala suerte de que al pasar la carretera los animales él no se dio cuenta y la Alsina lo mató. Cuando él vio su Lucerita muerta no podía ni respirar de la pena que traía. Estuvo muchos días sin comer.



Mi hermano Francisco

Pero la mala suerte le seguía porque también tenía una perrita muy pequeña que le puso la Chispita. Era una monada, hacía todo lo que él le decía, bailaba, saltaba a la comba, lo llamaba, le pedía las cosas... Para pedirle las cosas

le daba tres ladridos, para llamarlo, dos. Ellos se entendían muy bien. Por la mañana nos despertaba llamando a la puerta con su patita y un día tuvo la mala suerte de que dormía en las cuadras con la mula y esta la mató. Todos nos quedamos muy tristes.

Mi hermano nunca ha querido tener más animales suyos.

Conchi López Salas, 11-5-07



EULALIA MILLA

Mi biografía

Yo, Eulalia, nací en Lora del Rió, Sevilla, el día 16 de febrero de 1932. Hija de Jacob y de Carmen. Oficio de mi padre, carpintero. De mi madre, ama de casa.

Yo nací en el seno de una familia humilde y trabajadora. Tenía 6 hermanos: José, Isaac, Ana, Isabel, Eulalia y Joaquina. Por desgracia, Isaac y Ana murieron. Me quedé sin padre con 6 años. Mi madre, la pobre, lo qué pasó para sacarnos a todos adelante. El mayor trabajaba en una farmacia, el otro en la carpintería y Ana de niñera en casa de unos señores. Las demás íbamos al colegio.

Cuando tenía 12 años, yo me puse a trabajar con mi Isabel en una espartería. Cuando era más grande trabajé en una industria pimentonera. Todo esto hasta que me casé. En Lora nacieron los dos mayores, José Antonio y Mari Carmen. En mayo de 1965 me vine a Pallejà. Mi marido ya estaba aquí, se vino dos meses antes. Entró a trabajar en Cementos Molins, hasta que se jubiló. En 1970 nació la pequeña, que es Lali. En fin, en estos años que he vivido en mi tierra y en la que vivo actualmente he sido feliz con toda mi familia a pesar de las circunstancias que había en aquellos tiempos. Dios quiera que no pase más.

Me casé el día 31-12-1956, hice los 50 años el 31- 12-2006.

Eulalia Milla, 4-5--2007.

Mi infancia con mis padres

De mi padre puedo hablar muy poco porque yo tenía seis años cuando se murió, pero tengo buenos recuerdos de él porque cuando estaba bueno de salud siempre que venía de trabajar yo le registraba los bolsillos porque me traía algunas chucherías. El pobrecito disfrutaba.

Sobre mis abuelos no puedo contar nada porque no los conocí. Mi madre, la pobrecita, pasó mucho para sacarnos adelante a todos.

Yo tenía una tía que nos quería mucho. Siempre que iba a su casa me daba dos reales para que me comprara una onza de chocolate. Yo la llamaba la "chacha" Ana.

Mi madre, cuando yo me vine a Pallejà, se vino conmigo. Me acuerdo que fue en el año sesenta y cinco. Yo tengo buen recuerdo de mis hermanos porque estábamos muy unidos al lado y al calor de nuestra madre.

Eulalia Milla, 25-1-2007

Años de mi niñez

En casa de mi madre, me acuerdo que tenía un poyo de hornillo con un agujero por debajo y otro por arriba. Ponía el carbón y con un soplillo, por debajo, echaba el aire. Cuando ponía el cocido, cada dos por tres tenía que ponerle carbón para que los garbanzos se

pusieran tiernos y ¡dale que te pego al soplillo! La olla era de porcelana. Mi madre, en el invierno, a las cinco de la tarde encendía el brasero para que cuando veníamos de trabajar estuviéramos calentitos. El combustible que le ponía era cisco de olivo. En verano, mi madre sacaba un cubo de agua del pozo para tomarla fresquita. En el corral tenía un librillo, un lavadero de madera para restregar la ropa con jabón casero.

Solo había una bombilla en la casa. En la cocina teníamos un candil de aceite. En la habitación había un lavabo con un espejo, un jarrón con agua limpia, un cubo para poner el agua sucia y una palangana. Yo pienso que en aquellas épocas no teníamos tantas comodidades como hoy en día. Pero éramos felices toda la familia.

Eulalia Milla, 16 -2-2007

Navidades de antes

En mis tiempos de jovencita, la típica Navidad de mi tierra, que es Andalucía, la celebrábamos siempre en compañía de los seres queridos.

Los manjares de Nochebuena eran los pollos. Solamente lo comíamos en la Navidad. Para mí, aquellas cenas eran un privilegio porque disfrutaba mojando pan en aquella salsa de pollo de corral. Entonces disfrutabas más celebrando las Navidades porque te sabía todo a gloria.

Mis hermanas y yo nos íbamos con las amigas y las vecinas. Salíamos a la calle para cantar villancicos. Íbamos de casa en casa y las vecinas nos ofrecían pestiños, rosquitos, polvorones y, ¡cómo no!, una copita de anís. Cada una llevaba un instrumento para tocar: una zambomba, una pandereta, una botella y un almirez.

En fin, en aquellos tiempos estaba deseando que llegara la Navidad para celebrarlo. Porque eran tiempos que con poquita cosa éramos todos felices.

Eulalia Milla, 2-2-2007

La cuaresma y la Semana Santa



En mi pueblo los pasos salen los miércoles, los viernes y el Santo Entierro sale el Sábado Santo, que son muy bonitas. Cada cofradía lleva su banda de música y sus nazarenos. Los aficionados a la saeta les cantan a sus santos.

Sobre los costumbres cuaresmales. Antes de Semana Santa cada viernes se hacía ayuno. Cuando estaba con mi madre, ella tenía costumbre de respetar el Jueves y el Viernes Santo.

Para esos días hacía potaje de garbazos con bacalao, arroz con leche, y torrijas. Yo sigo la tradición de ella pero yo respeto solo el Viernes Santo.

Eulalia Milla, 9-3-2007



Las corridas de toros



A mí me gustan las fiestas taurinas, por ejemplo el rejoneo a caballo que es muy bonito. Pero cuando entra el picador, que empieza a pincharlo, lo paso muy mal porque los martirizan mucho. En mi pueblo, cuando llegaba la feria hacían la plaza de toros portátil con los carros alrededor de la plaza. Los adornaban con mantones de Manila y guirnaldas de papel. En aquella época venían toreros famosos. Yo me acuerdo que un año fui a ver a los hermano Peralta que son

rejoneadores, que lo hacían a caballo. A mí me gustaba mucho ver los caballos, es bonito como van esquivando al toro de un lado para otro.

En mi pueblo están la ganadería de los toros más bravos y famosos que son los Miura. Yo los he visto varias veces pero con bastante distancia porque te echaban unas miradas desafiantes que se ponían las carnes de gallina.

Estas fotos son de la maestranza de Sevilla, la otra es de la madre del toro que mato a Manolote. El toro se llamaba Islero y la madre Islera. Estas fotos las hice este verano pasado cuando estuve de vacaciones



2 -3 -2007, Eulalia Milla

Hermana y amiga



Voy hacer este escrito sobre mi hermana, mi cuñado y mi marido y, como no, yo entre ellos.

Mi cuñado y mi marido eran vecinos de la misma calle, se conocían desde pequeños, así que eran amigos. Ahora son cuñados.

Esta fotografía nos la hicimos en la plaza de la iglesia. Ese día estrenamos los vestidos y ellos los trajes. Los cuatro éramos novios y jóvenes, aún estábamos solteros.

Mi cuñado y mi marido hacían horas extras para tener algunas pesetillas para la fiesta. Aparte de su trabajo, se levantaban temprano para limpiar los tejados de jaramagos y pintar las fachadas con cal. Más tarde, se iban a su trabajo. Mi cuñado, con su jefe

de albañil y mi marido, a la zapatería de su jefe.
De ese modo lo pasábamos bien los cuatro y éramos felices.
Actualmente, somos una familia feliz con nuestros hijos y nietos.

Eulalia Milla, 3-11-06

Teléfono, radio, TV

De mi niñez recuerdo que había visto un teléfono en casa de un médico. Lo sé porque mi hermana trabajaba en su casa de empleada del hogar y de niñera. Mi hermana, a veces, me llevaba con ella. Un día estaba limpiando el despacho y lo vi encima de la mesa. Era negro y grande, la numeración la tenía por el lado donde hablamos ahora.

Cuando yo era más grande, pusieron el telégrafo para poner telegramas y conferencias. Mi madre les mandaba a mis hermanos un telegrama para saber de ellos, que estaban en la mili.

Cuando vine a Pallejà, para hablar con mi familia iba a la centralita que estaba donde está ahora la Caixa del Penedès. Me acuerdo que venia un chico y te traía el aviso de la conferencia. Te ponía, "A tal hora". ¡Allá que íbamos todos para hablar con la familia!

Yo era jovencita cuando vino la novedad de la radio. En el pueblo, al lado de mi casa, había una tienda que tenía una. La dueña le decía a mi madre: "Diles a tus niñas que se vengan a escucharla". Íbamos los sábados por la noche, que daban canciones españolas. Mi madre nos decía que nos portáramos bien. Cuando me sentaba, no me movía del sitio, solamente a escuchar la radio con la boca abierta.

Cuando estaba recién casada, con mi marido nos íbamos el domingo a un bar que tenía tele. Nos tomábamos unos vinitos con nuestras tapitas y al mismo tiempo veíamos el fútbol o los toros o una película española o del oeste. Así pasábamos la tarde del domingo. Yo me quedaba extasiada.

Hoy en día tenemos de todo para informarnos gracias a los adelantos tan maravillosos de la tecnología y nos podemos comunicar constantemente las personas.

Eulalia Milla, 8-6-2007





FRANCISCO RUIZ BUSTOS

Mi biografía

Soy Francisco Ruiz Bustos, natural de Guajar Faragüit, provincia de Granada. Nací en una familia muy humilde. Éramos diez hermanos, muy bien avenidos. Mis abuelos paternos habían nacido en el mismo pueblo. Eran una familia bien acomodada, tenían muchas tierras, pero a la hora de repartirlas se las dio casi todas a un hijo. Mi padre tuvo que luchar mucho para recuperar parte de las que le correspondían.

A mi abuelo Agustín no lo llegué a conocer. Mi abuela Encarnación estaba siempre enferma, con reumatismo, recuerdo que gritaba mucho.

Mis abuelos maternos se llamaban José y Josefa, eran una familia humilde. A mi abuelo José lo fusilaron solo por ser socialista. Yo no llegué a conocerlo. A mis padres también los quisieron fusilar pero el alcalde del pueblo era primo hermano de mi padre y les dijo a los que lo querían fusilar que tendrían que pasar por encima de su cadáver. Por eso se salvaron.

Bueno, sigamos conmigo, que es lo que intento contar un poco, mi pequeña historia. Como saben, nací en una familia humilde y numerosa. Nací el día dieciséis de diciembre del mil novecientos treinta y cinco, al empezar la Guerra Civil. En aquellos tiempos la vida estaba muy mala, no se ganaba para comer, aunque el día que trabajabas salías reventado y no ganabas para comprar un pan de kilo que valía veinte pesetas y de jornal te daban diez pesetas. Imagínense lo que se pasaba en aquellos momentos. Yo no fui nunca al colegio, cuando tenía seis o siete años ya estaba trabajando en los campos, labrando los trigos, guardando cabras, arrancado esparto, segando romero, arrancando cebada, garbanzos, recogiendo aceitunas, trabajando en las cañas de azúcar. Y para todos estos trabajos nos teníamos que desplazar de un pueblo a otro por toda la provincia de Granada y la provincia de Almería. Yo me he recorrido andando las dos provincias, junto a mis padres y otras familias, buscando trabajo de un sitio para otro.

Hasta que hice la mili, que por cierto me tocó hacerla cuando la guerra de Sidi Ifni. En ese tiempo ya iban cambiando las cosas, se trabajaba mucho pero no se pasaban tantas hambres.

Estando en el pueblo de Alboloduy, de la provincia de Almería, arrancando esparto, pillé un conejo. Aquel día arranque nueve arrobas de esparto y las llevaba en las espaldas tan lejos cómo desde el Palau a Pallejà.

Francisco Ruiz

Segunda parte

Un día, estando arrancando esparto, cacé un conejo cuando iba de camino para casa con el esparto en mis espaldas. Estando descansando, se acercó un señor del pueblo preguntándome cómo lo había cazado. Cuando le contestaba, el haz de esparto se fue para atrás, con tan mala suerte que yo me fui con él. Caí dentro de una acequia llena de agua y

el esparto encima. Aquello fue mi salvación. Si llego a caer un metro más a la izquierda me hubiera matado, pues había una piedra muy grande. La caída fue de cuatro o cinco metros de altura. Me sacaron y me llevaron al pueblo subido en un burro. Estuve más de cuarenta días sin poder andar.

Cuando se terminó el trabajo en el pueblo, nos tuvimos que marchar. El alcalde del pueblo me dijo que me había puesto de baja y que le diera mi dirección para poder mandarme el dinero del tiempo que había estado con la baja.

Desde Alboloduy, así se llama este pueblo de la provincia de Almería, hay más de ciento cincuenta kilómetros. Cerca de El Ejido mis piernas ya no aguantaron más. Me tumbé en la cuneta y mi familia conmigo, y otras familias que venían con nosotros también se quedaron hasta que pasó una pareja de policías de tráfico. Cuando la policía vio como me encontraba, se estuvieron con nosotros hasta que pasó un coche que pasaba por Motril. Me subieron y le dieron un escrito para que me llevara al hospital y lo entregara al director del hospital. Estuve alrededor de una semana encamado. Cuando me dieron el alta me llevaron al pueblo y estuve varios meses en reposo. Desde entonces, de la cintura para abajo siempre tengo problemas. Al cabo de cinco o seis meses, viendo que no recibía noticias del alcalde de Alboloduy, le escribí una carta y me contestó y dentro de la carta estaba el resguardo del giro que me había mandado. Resulto que lo había cobrado otro por mí. Yo hablé con el correo y el hombre se comprometió a pagármelo en el plazo de un mes. Por cierto, que era alrededor de doce mil pesetas. En aquellos tiempos era un capital. Y nos sacaron de muchos apuros.

Francisco Ruiz Bustos, 24 – 11-2006

Tercera parte

Cuando me encontraba mejor nos fuimos a las cañas a Salobreña. Aquel año estuvimos tres meses justos trabajando cortando cañas de azúcar. Empezamos el día veinticuatro de marzo y terminamos el veinticuatro de junio. Y no se ahorra ni un duro. Al terminar las cañas nos marchamos a la vega de Granada a segar el trigo. Como yo era el más joven, los mayores me ponían de pinché para traer la olla con el puchero y hacer todos los mandados que hiciera falta. Yo lo agradecí mucho pues mientras hacía los mandados no estaba segando y mi espalda notaba el descanso. Los primeros días dolía mucho la espalda, hasta que te acostumbrabas lo pasabas mal. Así, año tras año, hasta que me fui a la mili, que por cierto me toco en Granada. Hice la instrucción en el campamento de Padul.



El 30 de mayo, día de San Fernando patrón de ingenieros daban un partido de fútbol entre ingenieros e infantería. Yo me acerqué a la tercera compañía en busca de un amigo. Cuando llegué me quedé de piedra al ver los soldados que había dentro de la tienda de campaña jugando con un proyectil de mortero del 81, que el día anterior estuvimos de maniobras y no explotó. Nosotros lo estuvimos

buscando y no lo encontramos. Ellos habían ido a bañarse y lo encontraron y se lo llevaron a la tienda de campaña y jugaban como si fuera una pelota. Me puse las manos en la



cabeza y les dije que la pusieran en el suelo con mucho cuidado y avisaran al capitán de la compañía de armas pesadas. Yo me marché con mi amigo a ver el fútbol. Cuando cruzábamos el barranco, el proyectil explotó. En la tienda, murieron cinco de los siete que había en la chabola. Uno quedó ciego y el otro con las piernas cortadas. Fue un golpe muy grande.

Francisco Ruiz, 19-1-2007

Cuarta parte

Fueron pasando los meses y el día uno de noviembre de 1957 me fui con tres meses de permiso. Al mes justo se presentó la guardia civil en mi casa y me entregó un telegrama con la orden de que me presentara inmediatamente en el cuartel. Yo no les hice mucho caso y me presenté a los cinco días en Vélez de Benaudalla, donde estaba el cuartel de la Guardia Civil. Estuve todo el día esperando que pasara un coche que me llevara al cuartel de infantería, Regimiento Infantería Córdoba 10. Me presenté al capitán, ya era de noche. Esa misma noche me entregaron una mochila que no podía con ella. Nos dieron manta, careta antigás, 120 balas, 6 bombas de mano, paquete de cura individual, el mosquetón Mauser español. Nos subieron al tren sobre la una de la madrugada y nos llevaron para Sidi Ifni, pero cuando llegamos a Cádiz nos bajaron del tren y nos llevaron al cuartel de infantería, nos acomodaron a todo el regimiento, hasta nueva orden. Todo esto sucedió el día cinco de diciembre de 1957, hasta el día ocho de junio. Durante estos seis meses que



Yo estoy en la fila de abajo, el de la derecha. Los otros son mis hermanos

estuvimos en Cádiz unas veces nos subían en el Canarias para llevarnos a Marruecos, pero al cabo de dos o tres horas nos volvían a bajar del barco y nos llevaban al campamento de Campo Soto que está entre San Fernando y Chiclana. Por cierto, allí he visto los cañones más grandes que he visto en mi vida. Mira si eran grandes que andábamos de pie por los cañones.

Todo el tiempo que nos tuvieron en Campo Soto estuvimos haciendo maniobras. Había noches que nos tenían enterrados en la arena para que nos acostumbráramos por si nos llevaban a luchar contra los

marroquíes. Ellos también se enterraban. Una noche nos quemaron un barco de guerra en el mismo puerto de Cádiz, los moros, y a la semana siguiente cogieron a cinco en Granada que estaban preparando un sabotaje en un cuartel.

El día ocho de junio nos llevaron a Granada y toda Granada salió a recibirnos, un recibimiento apoteósico, hasta con banda de música. En los ocho o diez días que nos tuvieron hasta que nos licenciaron ya no hicimos nada. Cuando llegué al pueblo ya me estaban esperando para que me fuera a la campiña a segar con diez o doce hombres más.

Estuvimos en la siega unos veinte días. Y sin volver al pueblo nos fuimos en el tren hasta Moreda cerca de Guadix. Desde Moreda nos fuimos andando hasta Gorafe a unos cuarenta kilómetros. Cuando llegamos nos mandaron a un coto que se llamaba la Becerra.

Estuvimos unos quince días trabajando, luego pasamos a Buélagos, a otro coto que se llamaba la Sabina. Cuando terminamos nos fuimos a Pozo Halcón, provincia de Jaén.

En Pozo Halcón es tuvimos diez o doce días, Allí había poco trabajo. Desde Pozo Halcón nos fuimos a un pueblo que se llama Venado. En este pueblo estuvimos alrededor de dos meses arrancando esparto y cortando uvas de embarque. Las exportaban para Alemania y Gran Bretaña. Cuando se acabo el trabajo nos Marchamos al pueblo.



En mí pueblo seguí trabajando en todo lo que me salía. Recogiendo aceituna, almendras, maíz, patatas y todo lo que se me presentaba. Cavar almendros, olivos, higueras, viñas, naranjos, chirimoyos, arrancar garbanzos, cebada, lentejas y romero. Después de segarlo y cargarlo, entre el burro y yo, lo llevaba hasta la caldera. Me

tiraba más de dos horas con el romero en mis espaldas con unos 80 kilos y el burro unos 170 kilos. A veces en ayunas por no tener dinero para comprar un triste kilo de pan. En la caldera lo cocían para sacar la esencia y hacer medicinas, perfumes... Algunos días me decían que me quedara para cargar la caldera. Yo me quedaba, era mejor trabajo y no me tenía que echar peso en mi espaldas y ganaba igual. El burro lo compró mi mí padre en un pueblo de la provincia de Almería llamado Canjáyar cerca de Rágol.

Estuve trabajando con un matrimonio que tenía una tienda de comestibles. Durante mucho tiempo, me mandaban a Motril a por todo lo que necesitaban para la tienda. En el pueblo no había carretera y todo lo teníamos que hacer con los burros, mulos, caballos, vacas... Un día se acerco un señor y me dijo si quería trabajar en la carretera del pueblo, la iban a hacer muy pronto, la que viene de Granada. Yo le dije que sí. No lo pensé ni un segundo. Al matrimonio le dije que me iba a trabajar a la carretera. No les gusto pero se conformaron.

Me fui a trabajar a la carretera, me pusieron con dos hombres a hacer agujeros para barrenos, todo el día picando con un mallo. Al principio salía cansado pero a las dos semanas aquello era coser y cantar. Cada sábado nos pagaban, yo salía corriendo y no paraba hasta llegar a mi casa más contento que unas pascuas. Después de trabajar todo el día y correr seis o siete kilómetros, le daba el sobre a mi madre. Después de hacer sus cuentas me daba una pesetilla. Yo me ponía más contento que un niño con zapatos nuevos. Al mes de estar trabajando me dieron la cartilla del seguro, era la primera cartilla que yo había visto. Estuve trabajando alrededor de dos años, hasta que se terminó cuando llegó al pueblo. Aquel invierno nos fuimos a recoger aceituna al cortijo de Frasco Paula, que mi padre había contratado. Estuvimos tres meses. Aquel año había mucho fruto y tuvimos que buscar a mujeres y hombres porque no dábamos a basto a recoger toda la aceituna. Yo dormía en el corral revuelto con las cabras, para que me dieran calor. Aquel invierno hacía mucho frío. Las cabras me pegaron las fiebres maltesas, me tiré toda la primavera y verano enfermo. Me quedé delgado como un pajarillo. Tuvieron que llevarme a otro pueblo para cambiar de aguas. Allí me fui recuperando, poco apoco.

Francisco Ruiz, 12- 11- 2006



ISABEL MILLA



Mi hermana Ana María. Aquí tenía 18 años

Yo nací en un pueblo que se llama Lora del Río, provincia de Sevilla. Cuando tenía unos 6 años vivía en una casa muy grande que tenía un corral con muchos animales y a mí me gustaba darles de comer y coger los huevos. Yo tenía una amiga y siempre jugábamos juntas.

Mi hermana la mayor era muy buena y siempre la ponía mi madre a cuidarnos y como éramos cuatro no podía con nosotras y ella nos ponía a estudiar, nos ponía muestras y nos tranquilizaba, nos contaba cuentos, nos peinaba, nos daba de comer... Yo tengo muchos recuerdos de ella, pues era muy lista y lo sabía hacer todo y nos aconsejaba siempre muy bien.

Esos recuerdos y otros mas, son lo mas bueno que yo he tenido. Éramos 6 hermanos y nos llevábamos muy bien.

Mi hermana ya ha muerto, pero me quedan muchos recuerdos de cuando yo era pequeña.

Isabel Milla, 27-10-2006

Cuando yo era pequeña

Cuando yo era pequeña vivía en una casa muy grande y teníamos un corral con gallinas. Yo me sentaba y esperaba que pusieran las gallinas para coger los huevos.

La casa era grande y vivíamos vecinos. Yo recuerdo que guisaba mi madre con carbón en un anafe y el brasero era de cobre y mi madre nos ponía a limpiarlo. Con pita y arena quedaba luciente. Después le ponía una cosa que no era carbón, que le llamaba cisco. Le ponía una cerilla y con un soplillo de palma le echábamos aire y se encendía el fuego. Lo ponían en una mesa camilla y estábamos calentitas.

De noche jugábamos al parchís y a un juego que nos enseñó mi madre que se llama "Anillito de mi dedo, la capa de mi sombrero" Quien perdía tenía que dar una prenda y después teníamos que hacer lo que nos mandaba. Era muy divertidillo. Cuando mis nietos eran más pequeños, en mi patio jugaba con ellos y les decía que ese juego era de cuando yo era pequeña.

No teníamos ni cuarto de baño ni calefacción. Teníamos un brasero para calentarnos y un librillo para bañarnos. El librillo era de barro.

Ahora todo es diferente, los niños tienen de todo y nosotros también. Tenemos cuarto de baño, buenas camas para descansar y cada niño tiene la suya. Antes, en una cama, en mi casa, dormíamos las cuatro niñas y no veas lo bien que nos lo pasábamos. También me acuerdo que la cama era de hierro y dormíamos dos en los pies y dos en la cabecera. Las mayores dormían en la cabecera y las pequeñas en los pies y cuando les dábamos con los pies nos hacían cosquillas y los encogíamos. La que hacía esto era Eulalia. Mis hermanos eran los mayores y tenía cada uno su cama. También es que eran los mayores.

Esto que cuento fue después de morir mi padre, que lo pasamos muy mal. Todo esto pasó y ahora tengo de todo lo que me hace falta y necesito, y mis hijos también. Además estoy en la escuela de adultos escribiendo mis recuerdos, algunos buenos y otros regular.

Isabel Milla, 27-04-2007

Como hacíamos las cosas antes

Antes no teníamos de nada. Por ejemplo, cuando nos queríamos bañar nos bañábamos en un barreño de barro. Y cuando era invierno nos lavábamos a trocitos, primero la cara y después lo demás. Y de calefacción teníamos un brasero con pico que era una especie de un carbón de rama de olivo.

La ropa la lavaba mi madre con un lavadero de madera y con jabón y sosa y la ponía al sol y se le ponía muy blanca. Después planchaba con una plancha de hierro que calentaba en el anafe de carbón. Mi madre hacía un cocido muy rico con garbanzos, carne, tocino y morcilla, y a las 6 de la tarde comíamos y nos sabía a gloria y nunca nos pasó nada y ahora no quieren que comamos de noche.

Mi madre fregaba los platos en un librillo de barro, con un estropajo de esparto y con jabón y sosa. Yo recuerdo que mi madre nos ponía a fregar la cocina y nos ponía una tabla y un trapo, nos poníamos de rodillas y la bayeta era de saco. Yo, cuando era mayor, estuve trabajando en una casa de muebles y tenía que limpiar el suelo dos veces y las rodillas se me pusieron infectadas, pero teníamos que hacerlo y no pasaba nada. Cuando la guerra, mi hermano el mayor estaba en el frente y mi madre como no tenía radio, ni casi nadie teníamos, una vecina que era rica tenía radio y mi madre ponía las orejas en la pared y escuchaba las noticias. Qué pena.

Isabel Milla, 2-2-2007

Como pasábamos las Navidades y Semana Santa

Mi madre, por Navidad, nos hacía pestiños y por la Nochebuena mataban un pollo y nos sabía a gloria pues no comíamos pollos nada más que por Navidad. Y por Reyes nos compraba un canastito de caramelos y el canastito era de papel. Esto fue antes de la guerra.

Los Reyes Magos eran mas bonitos, pues salían las carrozas con muchos adornos y las chicas iban muy bonitas y repartían juguetes y caramelos y tiraban caramelos como hacen ahora.

La Semana Santa era más bonita que ahora o a mí me parece, pues creíamos más en las cosas de la iglesia. En mi pueblo salían los pasos por las calles y las niñas íbamos detrás de los Nazarenos y nos lo pasábamos muy bien. Como iban con la cara tapada le preguntábamos, "¿Tú quién eres?", y lo pasábamos muy bien.



Cuando ya era mayor y tenía novio, un día sacaron un Santo de la Iglesia y lo llevaron a una ermita que estaba en el campo. Estaba oscuro y yo que estaba con mi novio muy agarradita en un momento me solté, me despisté y me agarré de otro chico. El tío no dijo nada y cuando me di cuenta no sabía que hacer y mi novio se cabreó y no me dijo nada. Se reía y yo me enfadé con él. Todavía discutimos, por qué él me veía y no me decía nada.

Isabel Milla, 16-7-2007

Cuando yo era joven

Cuando yo era joven me críe sin padre porque se murió muy joven. Mi madre nos quería mucho porque se ve que le daba lástima de nosotras y nos dejaban ir a todas partes, como al cine o a pasear.

Pero tenía dos hermanos que eran los que hacían de padres porque eran los mayores. Ellos ya estaban casados y cuando nos veían con algún chico nos reñían y nos mandaban para casa. Nosotras llorábamos. Un día me pegó delante de mi madre. Yo me había pintado los labios y como en la habitación no había luz creía que era sangre y mi madre le hecho una riña que para que contarte, el pobre lo pasó muy mal y me pedía perdón y me decía, "Que yo te quiero mucho", y era verdad que nos quería mucho.

Seguí saliendo con el que ahora es mi marido. Fuimos 8 años festejando y mientras éramos novios lo pasábamos muy bien pues nos juntábamos con mi hermana y con Antonio. Los domingo íbamos al cine que era lo que había en el pueblo, y siempre nos hemos querido mucho.

Isabel Milla, 26-1-2007

El origen del aceite

Primero se planta una semilla. Después nace el olivo. Cuando es grande lo preparan para que las olivas estén sanas y buenas para el molino.

Cuando las olivas están a apunto, van los jornaleros a recogerlas. Ahora van las máquinas pero antes lo hacían las personas a mano. Iban los matrimonios con toda la familia. A mí me contaba una amiga que se lo pasaba muy bien. Me contaba que se levantaba al venir el día, en el mes de diciembre, y que las olivas estaban heladas. Los hombres hacían migas mientras las mujeres recogían las olivas. Los hombres las llevaban al carro. De noche, me contaba, que hacían baile y que ella se lo pasaba bien. A mí no me parecía tan bien porque traía las manos llenas de grietas, pues tenía unos nueve años.

Cuento esto porque yo ya trabajaba. Después de morir mi padre, hice muchas cosas pero un día me dijeron que si quería trabajar en una fabrica de capachos y fui. Como era pequeña no estábamos en el seguro. Cuando venían los inspectores nos echaban a la calle los dueños porque estaba prohibido que trabajáramos los niños. Éramos muchos y el trabajo era duro. Explico esto porque va relacionado con lo que hacía mi amiga. Ella

recogía las olivas y yo hacía capachos de esparto que eran una madejas de esparto cocido y se te ponían las manos todas llenas grietas y borregas y lo pasábamos mal. Nos teníamos que aguantar, qué remedio. Fueron muchos los abusos que hicieron con los niños. Yo estuve trabajando hasta que me casé. Los dueños tenían niñas de nuestra edad pero estaban estudiando y eran ricos porque nos pagaban una miseria. En el molino ponían las olivas encima de capachos y las prensaban y salía el aceite. Ahora no es lo mismo porque hay más adelantos. En aquellos tiempos todo era miseria y los niños lo pasábamos mal. Trabaje mucho para ellos. Más me robaban. Pero entonces nos teníamos que callar y lo sabíamos.

La dueña me quería mucho y las hija también, pero ahora me doy cuenta de las cosas que nos hacían y me da rabia. A mi hermana, que era tan pequeña cuando entró a trabajar, la engañaron. Decían que la tenían apuntada en el seguro y fue mentira. Con lo que trabajó para ellos.

Ahora me ha venido una anécdota que nos paso. Yo estaba asegurada y mi hermana no. Me puse mala y vino el médico a verme. Mi hermana se puso enferma después y como no tenía seguro la llevó con la cartilla mía. Mi madre, la pobre, mintió al medico, le dijo que era yo. El medico era un poco despistado y le decía a mi madre, "Pobrecita, cómo se ha quedado esta niña, con lo hermosa que estaba en la cama. Esta niña tiene que tomar bastantes vitaminas". Mi madre no sabia que decirle. Mi hermana siempre ha sido muy tímida. El medico le dijo, "Cómo estás Isabel", y ella le dijo, "No soy Isabel, soy Eulalia". Mi madre no sabía que decir. Lo pasó fatal y le dijo, "Ya lo sé, pero hoy te vas a llamar como tu hermana". Mi madre le pidió perdón y el médico le dijo "No pasa nada, cualquier día me trae a Isabel y le daré una mirada".

Cuántas penas pasaban las madres en aquellos tiempos.



Isabel Milla, 19-1-2007

En el año 1966 vine a Pallejà. Yo tenía un hermano que llevaba en Barcelona mucho tiempo, pues la familia de la mujer vivía en Barcelona y cuando se casó mi hermano se vino. Lo pasamos muy mal porque nunca

nos habíamos separado. A mi madre le costó mucho porque mi hermano tenía dos niños y eran los primero nietos.

Después, la familia de Antonio, mi cuñado, marido de Eulalia, se vino con sus hijos y mi hermana se vino después. Mi madre, que estaba con ella, vino también. Yo, que siempre he sido muy madrera, no podía vivir sin ver a mi madre.

Cuando vinimos a Pallejà viví en La Magina, pero estuve poco tiempo porque mis niños eran pequeños y el segundo día me caí con mi hijo el pequeño y me abrí la rodilla. Me tuve que quedar en casa de mi hermana. Después me vine a vivir al lado del Restaurante Paradís.

Tuve la suerte de que a mi hermana le dieron un piso y a mí me alquilaron la casa. Ya llevo 40 años y ya hace tiempo que la compramos. Estoy bien.

Isabel Milla, 18-5-2007



JOSEFA MARTÍN TEJADA



Mis padres

Me gustaría contar cómo eran, cómo les fue la vida. Pero me es muy difícil pues ya no los tengo y hablar de ellos me da pena.

Mi padre

Mariano Martín, sevillano. Nació en una familia que vivía en el campo, se dedicaban a la ganadería. Mi padre fue el tercero de siete hermanos y él cuidaba de un rebaño de cabras. No pudo ir al colegio. Vivían a diez kilómetros del pueblo. Así

llegó hasta los veinte años, en que conoció a mi madre.

Mi madre

Rosario Tejada Baeza nació en una familia que también vivía en el campo. Mis abuelos paternos y maternos ya eran vecinos antes de nacer mis padres. De una casa a otra había cinco kilómetros. En el campo se conocían todos. Mi madre es la segunda de seis hermanos, cinco chicas y un chico.

Me gustaría

Me gustaría en este momento tenerlos cerca y preguntarles cosas que no sé de ellos. Se merecen que yo cuente sus vidas, como fueron de verdad. Pero mis padres eran reservados los dos.

Se casaron el día 12 de octubre de 1941. En 1942 nació mi hermano Francisco. Sus padrinos fueron mis tíos que también fueron los padrinos de boda de mis padres.

En 1945 nació yo. Me pusieron como mi abuela paterna, Josefa. En 1953 nació mi hermana. Le pusieron como mi abuela materna, Carmen. Cuando nació mi hermana, nos fuimos a vivir al campo.

Murió mi abuelo paterno y en las tierras que heredó mi padre hizo una pequeña casa. En esa casa vivimos ocho años. Cuando mi hermano cumplió los dieciocho se vino a Barcelona. Al año se vino mi padre y a los seis meses vinimos mi madre, mi hermana y yo. Mi padre compró un piso pequeño en Hospitalet. Las cosas fueron bien, había trabajo para todos.

En 1968 se casó mi hermano y tiene cuatro hijos varones. En 1972 me casé yo. Tengo tres hijos, dos chicas y un chico. En 1973 se casa mi hermana. Tiene tres hijos, una chica y dos chicos. Todos estos años fueron buenos, pero en el año 1990 muere mi padre. Había cumplido 74 años. En el año 2004 muere mi madre, con 83. Dos golpes fuertes que nos dio la vida. Cuesta mucho recuperarse.

Fueron buenas personas, trabajadoras, honradas y de buen corazón, buenos padres y buenos abuelos. Nunca los olvidaremos.

Josefa Martín, 2-3-2007.

Hoy hace 44 años que llegamos a Barcelona

Marchena

Pueblo donde nací y nacieron mis padres, mis abuelos, mis hermanos.

Es un pueblo bonito, es grande y ha crecido mucho, como todos los pueblos.

Vivíamos en la calle Carreño número 48. Está en el barrio de San Miguel. La iglesia es bonita, en la capilla pequeña está la imagen del Cristo, el Nazareno. Los marcheneros le tienen fe. Cuando vivíamos allí, en el pueblo, San Miguel quedaba en una punta. Hoy, con lo que ha crecido, queda más al centro.

Las casas están muy bien arregladas, las calles también. En los años sesenta, cerca de casa, había un molino de aceitunas y por las calles corría un líquido oscuro. Creo que se llamaba alperchí. Olía mal. Hoy ya no pasa.

A mí, la casa en que vivíamos me gustaba. Tenía un patio grande con un cilindro con unas flores blancas parecidas a la flor del jazmín. Por las tardes hacían olor. Había un corral. Tiene dos plantas, a la de arriba le decíamos el soberao, donde se guardaba el grano, los garbanzos y el trigo.

En esa casa hoy vive mi tía Remedios, hermana pequeña de mi madre. En octubre, mis hermanos y yo estuvimos viéndola y ya no me gustó. Es otra, no es la de mis recuerdos.

J Martín Tejada, 30-3-07

Semana Santa

Viernes Santo lo esperábamos todo el año porque nos gustaba y teníamos cuatro días de fiesta. Decíamos que el Viernes Santo era el día más grande pues estábamos todo el día en la calle. Íbamos a las seis de la mañana para ver salir a Jesús de Nazareno de la iglesia de



San Miguel. Lo seguíamos por las calles. A las diez de la mañana llegaba a la plaza de San Juan y le hacían el mandato que es cuando se juntaba con la Virgen de los Dolores. Muchos lo seguían hasta las seis de la tarde que se recogía en la iglesia.

Los recuerdos que tengo son muy bonitos. Ese día, en las casas, no se hacía nada de faena, ni la comida. El día de antes se preparaba en casa el Viernes Santo. El menú era el mismo cada año: se comían espinacas con garbanzos, bacalao frito y de postre arroz con leche y un canasto de bizcochos que se hacían en el horno con huevos, azúcar y harina, en un papel que ya vendían para bizcochos. Con la cuchara se hacían seis montoncitos y al horno. Salían dorados y el olor decía

“¡Comedme!”. Lo recuerdo todo muy bueno.

El lunes cogíamos el carro y al campo con cara de cansados y los pies dolidos de los zapatos nuevos. ¡Qué mal se pasaba!

Y ya hasta la feria que es el día uno de septiembre.

J. Martín Tejada, 18-5-07



Mis juegos de niña

Lo que más recuerdo es el juego de la comba, la facilidad que teníamos para saltar, dar la vuelta y agacharnos y levantarnos cuando cantábamos *El cochecito leré*.

Y también a las piedras. Poníamos piedras en el suelo y con una mano las tenías que coger mientras una estaba en el aire y teníamos que ponerla junto con las del suelo. Si las cogíamos todas ganábamos.

Cuando llovía, con el barro hacíamos muñecas y animales. Se secaba y se aguantaba días, se ponía muy duro. Es lo que teníamos. Y cuidar a mi hermana

J. Martín Tejada, 1-7-2007

Mi pequeña biografía

Marchena, Sevilla. Pueblo donde nací el día tres de abril de 1945. Mis abuelos paternos, Antonio y Josefa tuvieron siete hijos: Josefa, Manuela, Mariano, Desamparado, Francisco, Rosario y José.

Mis abuelos maternos tuvieron seis hijos: Dolores, Rosario, Carmen, Concha, Antonio y Remedios.

Mariano y Rosario, esos son mis padres. Cuando yo nací, en casa vivían mis padres y mi hermano Francisco de tres años. La casa la hizo mi padre, cerca de la de mis abuelos que vivían en el campo. Tenían tierras. Mi padre siempre había trabajado en el campo, tenían un rebaño de cabras. Mi abuela hacía queso que vendían en las tiendas. Mi recuerdo es que le salían muy buenos. Recuerdo que el suero que salía del queso se lo bebían los perros y los pollos pequeños.

Mi madre criaba pavos, yo me los llevaba lejos de casa y se alimentaban de lo que encontraban en el campo. Les gustaba todo. Lo que más les gustaba eran las cigarras.

Mi hermano se iba con mi padre a arar los campos. Los domingos iba al pueblo en bicicleta. A veces me llevaba. Es lo que había.

Lo demás, todos los días eran lo mismo. En septiembre teníamos cuatro días de fiestas en la feria y cuatro para Semana Santa. Las Navidades las recuerdo más por las empanadillas que hacía mi abuela Carmen. Las ponía en un canasto de mimbre y lo colgaba en la pared.

Cuando yo tenía ocho años nació mi hermana Carmen. Yo la quería pero no me gustaba, tenía que cuidarla y no podía jugar. Tenía dos primas hermanas que eran hijas únicas y se pasaban el día jugando. Cogí celos de las dos, lo pase mal. Pillé una infección al cuello que me duro años. Los médicos no sabían que me pasaba. Así pasaron los años hasta que tuve quince.

Mi hermano tenía dieciocho años y quiso venirse a Barcelona pues nos quedamos con pocas tierras. Fueron años malos. Al año se vino mi padre, en octubre del año 1961, y en marzo del 1962 buscó piso en Hospitalet, en la calle Montseny número 33, bajos 2.

Llegamos a Barcelona el día 3 de marzo. Mi hermano tenía 19 años, yo 16, mi hermana 8. A la semana siguiente empezó a ir al colegio y yo empecé a trabajar en un taller de

confección. Mi madre cosía en casa. Éramos cuatro los que trabajábamos en casa y las cosas nos iban bien, pero nos costo mucho adaptarnos. El cambio fue muy grande acostumbrados al olor a trigo verde en primavera, a los campos de habas y a cuidar a los animales. Dejar a tus abuelos tan mayores, amigos, casa, vecinos y todo lo demás. Mis padres lo pasaron mal. Cuando llegamos a las doce de la noche a Barcelona, qué raro lo veía todo. No diría raro sino extraño. Las calles tan largas, tanta gente, las luces... ¡Cuántas cosas pasarían por mi cabeza! Llegamos al piso. Era pequeño, olor a obra. Lo que más me gustó de todo, los grifos del agua y el cuarto de baño y muchas cosas más.

Josefa Martín Tejada, 27-10-2006.

Mi primer trabajo en Barcelona

A los 16 años empecé en un taller de confección de José María Berenguer, de pantalones tejanos en la Diagonal, esquina Paseo de Gracia. Yo vivía en Hospitalet y para llegar al trabajo tenía que coger el metro en Santa Eulalia hasta la Plaza de Cataluña, que cogía el de la Diagonal y bajaba en Paseo de Gracia. Los primeros días lo pase muy mal, creía que no aprendería nunca. A las 7 de la mañana los metros iban que no cabía un alfiler, ¡y el calor que se pasaba! Para mí, que venía del campo, fue un cambio grande. En el taller, al principio, todos eran catalanes, pero yo tenía mi acento andaluz y una cultura más atrasada. Barcelona nos llevaba años de adelanto. Yo pensaba que mi cultura era la mejor. Después, con los años, fui cambiando. Me gusta vivir en Barcelona y su cultura. Mis hijos y nietas son catalanes y son estupendos

Tengo muy buenos recuerdos de los once años que trabajé en el taller. Las Navidades las celebrábamos todos los trabajadores juntos con una comida que pagaba el jefe y también poníamos el árbol en el centro del taller y cada trabajador tenía una cajita colgada con un número y un paquete, que tenían que coincidir los números y teníamos un regalo bonito. Ese día íbamos cargadas a casa, contentas y con mucha ilusión. Yo no sabía lo que era un árbol de Navidad, ni poner el Belén, ni los Reyes Magos. En casa empezamos a ponerlo por mi hermana, que era pequeña, y a mí me sigue gustando y los reyes siguen viniendo a casa. Les doy las gracias por venir.



En el taller se trabajaba a gusto. Cosíamos en cadena y teníamos que correr para sacar el tope, que toda la faena estaba cronometrada.

El sábado plegábamos a la una y cobrábamos. Mi primera semana fue de doscientas ochenta pesetas. Las horas las cobrábamos a ocho pesetas, y contentas. Con mi primera paga le compré unos pendientes a mi madre en una tienda del puerto.

Yo no sabía. Me acompañó una compañera del

taller que me dijo que el oro estaba más barato allí. En ese taller estuve once años, hasta el año 1973 en que nació mi primera hija.

Josefa Martín Tejada, 26-1-2007



MANOLO MORALES ALONSO

Las escuelas de los años cincuenta

Yo fui muy poco a la escuela porque vivía retirado del pueblo y en aquellos tiempos los padres no lo pasaban muy bien con la economía y teníamos que ayudar en casa trabajando. Como ahora se dice, niños explotados. Pues nosotros éramos niños más que explotados, porque si íbamos al colegio después teníamos que hacer las faenas del campo o traer leña o hierba para los bichos o, mejor dicho, para los animales. Así que por eso yo fui poco al colegio, pero recuerdo que cuando iba lo pasaba muy mal, siempre tenía los deberes muy atrasados porque como iba tan poco pues me costaba mucho coger las cuentas y los dictados. Por eso me castigaban mucho los maestros. No eran como los de ahora. Yo he vivido las dos situaciones y ahora no te castigan como antes. Antes te decían, "Ponte de rodillas", incluso hasta con un garbanzo debajo de la rodilla o tenían los maestros unas varitas de almendro o de granado que cuando te decían, "Pon la mano", ya te ponías a temblar. Eran muy duros con los niños y nosotros les teníamos mucho respeto, no como ahora que los maestros no les pueden ni regañar a los niños porque sus padres se les echan encima. Así que los maestros tienen más miedo con los niños que nosotros teníamos antes de los maestros.

Las escuelas sí estaban medio regular. Teníamos nuestros pupitres y bancos para sentarnos que salían del mismo pupitre. En cada pupitre nos sentábamos dos niños y no podíamos copiarnos el uno del otro.

Yo, como estaba retirado, mi madre me ponía la comida para que comiera en el pueblo porque teníamos colegio por la mañana y por la tarde. Siempre comía en casa de una tía mía que me calentaba las migas u otras comidas que llevara para calentar.

Entre el colegio por la mañana y el colegio por la tarde había un tiempo libre que lo utilizábamos para jugar y para hacer alguna diablura. Por el coto y también por el camino de la fuente o también por la carretera, cuando salían los camiones los niños nos enganchábamos del camión y siempre íbamos hasta arriba del coto. Después nos teníamos que bajar andando hasta el pueblo esperando hacer algo más malo por el camino. Los maestros, cuando se enteraban, nos volvían a castigar.

Así pasé mi vida en el colegio. El tiempo que estuve estaba más castigado que haciendo deberes y muchos niños éramos amigos para hacer diabluras. Lo que no pensaba uno lo pensaba el otro.

Ahora llevo mucho tiempo en el colegio de adultos de Pallejà que está en La Molinada. Antes estaba en la Torre Fabregat. Aprendemos muchas cosas. Ya sé un poco escribir con el ordenador. Antes no sabía nada, así que en este colegio me siento muy a gusto y no me castigan como cuando era niño.

Manolo Morales Alonso, el Cristo, 25-5-2007



Recordar las fiestas de Polopos

Siempre recuerdo las fiestas de mi pueblo como un recuerdo lejano. En mi pueblo se celebra como patrona la Virgen del Rosario. Se celebraba el día siete de octubre que siempre ha sido el día de la Virgen del Rosario.

Cuando yo estaba en mi pueblo, antes de venirme a Cataluña, las fiestas eran muy lindas y tenían muchos ambientes. Se hacía una pista de baile en la plaza para que bailara todo el mundo. Todo era maravilloso, venían muchas gentes de

todos los pueblos de sus alrededores. Como de Sorbilán, también de Rubite y la Mamola, de Haza del Trigo y de todos los cortijos de sus alrededores, como los Garbes, cortijo Altero, cortijo Colorado. También venían del cortijo de los Días, del Cortijillo y de la Haza del Lino.

Por eso se hacían unas fiestas muy bonitas. A primera hora de la mañana la banda de música daba un pasacalles tocando por todo el pueblo con aquella banda de música que siempre venía de Cadias. Después asistíamos a misa. Después de la misa la banda de música volvía a tocar en la plaza hasta la hora de la comida, que muchos de los invitados de otros pueblos y cortijos eran invitados a la comida por parientes y familiares. Otros, los pobres, que tenían que comer en los bares porque nadie los invitaba, porque también os digo que mi pueblo nunca ha sido solidario y mucho menos hospitalario. Me refiero a los días de la fiesta, que estaban contigo y decían, “¿Has comido?” “Pues mira, no”. Y te decían, “Pues ya va siendo hora”. Así que nunca se acertaba con ellos. No invitaban ni a los de su propia familia, ni para los de los cortijos que eran del mismo pueblo, como por ejemplo las Casillas de Polopos que era mi Aldea, la que estaba a media hora de camino y muchas veces nos teníamos que marchar para el cortijo si queríamos comer porque ni la propia familia te había invitado.

Bueno, volviendo a las fiestas de nuevo, siempre las esperábamos con añoranza porque en aquellos días se trabajaba menos y te divertías un poco, cosa que no era muy frecuente. También paseábamos con las chicas por la carretera hasta la loma del cementerio, aunque las chicas de mi pueblo eran un poco repipis. Eran muy guapas, por eso quizás lo tuvieran un poco creído.

Cuando sacábamos a la Virgen en procesión por todo el pueblo, los chicos la llevábamos en hombros, aunque era muy difícil por las calles tan empedradas y muy pendientes, pero lo hacíamos con ganas dándole una vuelta por todas las calles. En la procesión iban las mujeres con sus velas y siempre que se hacía una parada todos decíamos, “¡Viva la Virgen de Rosario!”. Las mujeres todas rezaban a la Virgen, mientras la banda de música iba tocando todo el trayecto.

Y después de encerrar a la Virgen en la iglesia volvíamos a tener baile en la plaza un poquito rato y después a cenar. Después de cenar, venía la velada con dos o tres bailes. La banda tocaba en la plaza. Otra orquesta había en la pista y otra orquesta que tocaba en el salón de Adela. También traían muy buenos dulces, donde había mucha variación de todo y muy buenos turrone que eran los que nos endulzaban las fiestas porque al otro día



venía la resaca de esas bebidas que siempre cogíamos con ganas. Así que dejemos la fiesta con estas diversiones y grandes resacas para seguir la vida que hacemos a diario.

Morales Alonso, el Cristo, 11-5-2007.

Como han evolucionado las casas

Vamos a contar como han evolucionado las casas desde nuestra niñez hasta hoy.

Cuando yo era niño, en mi casa no había muchos muebles. Empezando por las habitaciones, teníamos tres. En la habitación de matrimonio había una cama grande, un baúl donde guardaban la ropa que no se tenía para diario y una percha donde se colgaba la ropa de diario y en las dos habitaciones continuas más o menos era igual. En el comedor teníamos una mesa alargada muy bonita con cuatro sillas de anea, una mesa camilla redonda con otras cuatro sillas, también de anea, y dos mecedoras muy cómodas. Eran de una tela azul.

En las paredes había muchos cuadros, recuerdos de familia y un gran espejo. También un cuadro grande de cuando mi padre hizo la mili con su uniforme de sargento. Estaba muy guapo porque en verdad lo era.

Pasamos a la cocina, con un fuego a tierra como en todas las casas de los cortijos y también una mesa con cuatro sillas. La chimenea tenía dos vasaretas donde se ponían los cacharros más pequeños de la cocina. Al lado derecho tres vasaretas más grandes para poner sartenes, librillos y los platos mas grandes.

También teníamos una cantarera con sus tres cantaros para poner el agua del servicio de la casa, porque la teníamos que traer desde el barranco o desde la acequia que había encima del cortijo porque la que pasaba por el caero, que pasaba por debajo de mi mismo tranco, no se podía coger porque pasaba por todo el cortijo y venía sucia. Así era mi casa entonces, con su fuego a tierra donde se hacían todas las comidas, con leña, que salían muy buenas. En el mismo fuego les cocíamos a los cerdos su pulpa y las patatas que nos sobraban.

Eso ha ido evolucionando con el paso del tiempo. Cuando vinimos aquí compartíamos casa. Yo la estuve compartiendo con mi hermana. Ya teníamos un hornillo de petróleo y también teníamos que compartir las camas. Eran casi lo mismo y los muebles eran peor que los que teníamos. No había sofás ni tampoco mecedoras. Casi peor que antes. Se lavaba la ropa en los lavaderos que había para todo el pueblo. Tampoco teníamos agua corriente, teníamos que ir a la fuente que también estaba retirada. Así que la llegada aquí no fue de color de rosas, lo pasamos bastante mal trabajando mucho para poder prosperar un poco.

Después, en el año sesenta y ocho, nos alquilamos un piso en San Andrés de la Barca donde compramos lo más preciso. El piso era nuevo a estrenar, pero nos metimos sin pintar, solo con el yeso. Después fuimos pintando de habitación en habitación. Nos compramos un comedor con sus correspondientes sillas pero tampoco teníamos ni sillones ni sofá, eso vino después cuando nos compramos el piso aquí, en Pallejà. Ya estábamos un

poco mejor y compramos el tresillo, la estufa y muchas cosas más que las pagamos a plazos. Pero fuimos prosperando de poquito en poquito hasta poder hacernos nuestra casa.

Manolo Morales Alonso, 2-2-2007

Nuestra llegada a Cataluña

Yo salí de mi casa con dirección a Barcelona el día doce de octubre de 1962. Vine con mi hermana, que ya estaba en Cataluña, pero que fue a las fiestas de mi pueblo que son el día siete de octubre. Allí celebramos la Virgen del Rosario que es nuestra patrona.

Yo me vine muy joven, aún no había entrado en quintas, como antes se llamaba cuando a los quintos nos medían para entrar en los sorteos. Yo eso lo hice aquí, en Cornellà.

Volviendo otra vez al viaje, lo hicimos muy mal. Tardamos tres días para llegar a Barcelona. Vinimos en un coche muy viejo del año la pera. Era un Chebrolet muy antiguo, no corría a más de cincuenta por hora, así que cuando llegamos a Cornellà todos veníamos muy cansados de tanto viaje. El coche venía muy cargado, eso sí que lo recuerdo. La gente del pueblo traía muchos bultos. Me parece que arrastraban con todo. Mucha comida y muchas cosas que aquí después hacían falta, como los chorizos y las tripas de salchichón que una vez aquí les iban a hacer falta, porque entonces tampoco estaba la cosa muy boyante aquí.

A mí me acogieron muy bien. Empecé a trabajar a los dos días. De mano de obra estuve poco tiempo, después me coloqué en una fábrica de vidrio que se llamaba la Elsa, haciendo vasos y botellas que salían como churros. Ganábamos trescientas pesetas a la semana en las ocho horas. Después había que buscar otras cosas. Yo me iba con los paletas donde me ganaba algunos durillos más. Pagaban a diez pesetas la hora, no era mucho pero no había otra cosa. En el año sesenta y cuatro, el dos de enero, empecé a trabajar en Barcelona, en la calle Juan Güell por encima de la plaza de Sants. Se llamaba Pendelastica Española S.A. Eran los dueños los señores Pablo Negre y Antonio Negre. La fábrica era de hacer piezas para los coches, le decíamos silenbloc para montar los motores y muchas cosas más. A primeros del año setenta y cinco nos trasladamos a Martorell, al mismo sitio que aún sigue. En la empresa tenía muy buenos compañeros a los que siempre aprecié y a los que sigo apreciando. Estuve trabajando hasta el año noventa y siete. Después de año y medio de baja me dieron la larga enfermedad por una angina de pecho. Estuve trabajando treinta y cinco años en la misma empresa. Trabaje muy duro, de prensador siempre pero hoy me siento contento de haberme venido a Cataluña. Llevo en esta tierra más de cuarenta y cuatro años de los cuales me siento orgulloso porque todos fueron muy gentiles conmigo. Por eso me siento contento y ya esta es mi tierra, porque tuve mis hijos aquí y también tengo a mis nietos, así que soy muy dichoso.

Manolo Morales Alonso, el Cristo, 15-6-2007



OFELIA PICÓN

Mis antepasados

Yo tengo un buen recuerdo de algunos de mis abuelos. De los paternos solo conocí a mi abuela. Lo que más recuerdo es de como vestía, ropas muy largas y muchas enaguas. Se llamaba Julia, y el abuelo, Juan.

Los maternos, Antonia y José Antonio. Él era ganadero, era una buena persona y ayudó a muchas personas necesitadas en aquellos tiempos.

Tenía seis hijos y veinte nietos. A todos nos quería mucho y se preocupaba de todos. Yo tengo un especial recuerdo de sus detalles. Cuando yo tenía tres años vivíamos en el campo. Él tenía que andar cuatro kilómetros para venir a casa. Venía a traernos pan porque tanto a mí como a mis hermanos nos gustaba más que el que había en casa. Realmente, era más bueno. La abuela no era tan cariñosa como el abuelo pero también era muy buena. Hacía unas comidas buenísimas y hacía las matanzas y el queso.

Como tenían cabras y lo sabía hacer y lo hacía muy bien, como eran tiempos difíciles le llovían los clientes, o sea, los vecinos que hacían cola para pedirles de todo un poco. Ella protestaba pero les daba de todo porque sabía que lo necesitaban.

Con mucho respeto hacia ellos, Ofelia Picón

Mi larga y queridísima familia

Mis padres, mis maravillosos padres, se llamaban Francisco y María.

Éramos ocho hermanos. Como podéis comprobar, una familia muy numerosa. Cuatro hombres y cuatro mujeres, los cuento de mayor a menor: primero Juan, Julia, José Antonio,



Antonia, Francisco, Tomas, Ofelia y María.

Nos criamos en el campo, en una finca muy bonita. Había muchos árboles de muchas especies, por ejemplo almendros, olivos, higueras, melocotoneros...

También se criaba trigo, cebada, hortalizas de todas clases.

Todo lo teníamos que compartir con los amos de la finca. Todo menos el trabajo, eso lo teníamos que realizar todo nosotros.

Mis padres lo tenían bien organizado. De

mayor a menor cada uno teníamos nuestras obligaciones. Por lo tanto, todos colaboramos, cada cual en lo que podía. Unas veces jugábamos y otras trabajábamos.

Mis padres eran muy comprensivos y muy cariñosos.



Mis hermanos los mayores hacían de maestros de los menores, pero no de mandones porque si alguno se pasaba de mandón mis padres les paraban los pies, decían que solo ellos corregían o mandaban. Pero pocas veces pasaba eso porque mis hermanos eran también fabulosos y nos tenían un cariño especial. Cuando mi hermano el mayor se fue a la mili nos escribía a todos uno por uno y nosotros le correspondíamos. Puedo asegurar que las cartas de unos y de otros valía la pena leerlas y las fiestas que organizábamos



cuando estábamos todos juntos, solo de pensarlo me pongo muy triste porque eso ya es imposible repetirlo. Pero al mismo tiempo soy muy feliz al recordarlo.

Con mucho cariño, Ofelia Picón

Como sucedieron las cosas después de que cumplí doce años

Mis hermanos mayores se fueron casando y marchándose de casa, siempre con una buena relación entre nosotros.

A mí ya me empezaba a gustar ir a las fiestas que se hacían en el pueblo. Las ferias que se celebraban en el mes de abril y las de octubre eran muy famosas en la comarca.

Primero trataré de explicar como era el pueblo. Lo nombrábamos en tres partes: el barrio (la Morería), el castillo, la plaza mayor. En el barrio se hacía la feria bestial. Los feriantes compraban y vendían para cerrar un trato. Yo me acuerdo que gritaban mucho y también bebían vino aguardiente. El resto de la feria era lo que a mí me gustaba.

En el castillo se montaba un circo que para mí era una maravilla. Yo recuerdo que hacían unos números muy bonitos. También había columpios, que eso nos volvía locas a mí y a mis amigas.

En la plaza mayor se instalaban los turroneiros en casetas diferentes a ambos lados de la plaza.

Cuando llegaba la noche hacían fuegos artificiales. No los hacían seguidos, era, por ejemplo, cada cuarto de hora. Mientras, tocaba la banda municipal algunas piezas, que lo hacían muy bien. Todas las jóvenes nos lo pasábamos muy bien, claro que con catorce o quince años todo nos parecía de color de rosa.

También hacían baile de agarrado y de jotas. Eso era lo mío. Un año me dieron el primer premio de baile con un futbolista que me triplicaba la edad y la estatura.

Así fueron pasando los años hasta que cumplí los dieciocho. Con esa edad me puse novia con mi marido. Nunca me he arrepentido porque siempre nos hemos querido mucho a pesar de todo. Siempre ha habido algún enfado, pero de poca importancia.

Todo eso queda, una madurez bonita y unos hijos y nietos que son lo mejor de nuestras vidas.

Ofelia Picón, 30-3-2007



Hubo un cambio en mi vida



El diecisiete de febrero del mil novecientos cincuenta y siete fue un día inolvidable. Hacía un día bastante frío. A las diez de la mañana, mi entonces novio y yo, nos dirigimos hacia la Iglesia Parroquial de Velez Blanco, provincia de Almería, vestidos con lo mejor que teníamos y acompañados por toda nuestra familia y padrinos. Don Gonzalo, el cura mayor del pueblo, nos casó. Fue una fiesta bonita pero muy sencilla.

A la semana siguiente nos vinimos a San Andrés de la Barca. Fue un largo y pesado viaje. Yo pensaba que no llegábamos nunca.

Nos instalamos en una pensión con derecho a cocina. Al principio fue muy duro pues desconocíamos entre otras cosas el idioma, las costumbres. Sobre todo yo. Mi marido había estado antes un año trabajando y tenía ya una pequeña idea de las costumbres y del idioma pero yo no sabía nada. La dueña de la pensión era gallega y medio catalana. Conforme fueron pasando los días las cosas fueron mejorando en todo.

A los dos meses de estar en la pensión encontramos una casa para nosotros solos. La casa estaba en la carretera, en el número ochenta y uno. Era bástate vieja pero a nosotros se nos antojaba la más bonita del mundo. Tenía dos plantas.

San Andrés de la Barca, a 22 de febrero de 1957

Queridos padres y hermanos: deseamos que al recibir esta carta se encuentren bien de salud. Nosotros bien por la presente

ADG

Queridos padres: después de saludarles con todo el cariño que ustedes se merecen, paso a decirles que hemos dado el viaje muy bien. Un poco largo, pero bien. Yo pensaba que los trenes corrían más, pues hemos gastado dos días de Lorca a Barcelona.

Madre, nos hemos instalado en una pensión con derecho a cocina y a comedor. Tenemos un fogón de carbón igual que el que teníamos en casa en los veranos y una habitación para dormir.

Nosotros, de momento, tenemos bastante. Después, ya nos buscaremos otra cosa mejor. Nosotros estamos muy contentos. Yo pienso que ustedes se quedaron muy tristes, pues queremos que estén alegres porque nosotros somos muy felices. Durante toda la semana trabajamos, los domingos vamos al cine o a la capital, que hay muchas maravillosas cosas para ver.

Madre, cuando nos escriban nos cuentan muchas cosas de toda la familia, si se ha ido Tomas a la mili, también como les va a ustedes con el campo y si esta el padre un poco más tranquilo. Yo padezco porque se quedó muy triste cuando nos vinimos. No quiero que padezcan por nosotros, que nosotros somos muy felices.

Sin nada más que decirles, muchos recuerdos para todos los vecinos y muchos besos para nuestros hermanos y sobrinos y para ustedes nuestros queridos padres que se lo merecen más que nadie en el mundo.

De sus hijos, Ofelia y José Antonio.

RAFAEL CALATRAVA HERNÁNDEZ

Capítulo 1. Mis orígenes

Yo, Rafael Calatrava Hernández, hijo de Alfredo y de Carmen, nací en Tabernas, Almería. Cuando tenía dos meses me llevaron a Melilla, allí permanecimos dos años. Por motivos de paz con los árabes, tuvimos que regresar a la península, a nuestro pueblo natal.

A los pocos meses, por cuestiones de trabajo, nos trasladamos a Los Gallardos, a unos 50 km. de Tabernas. En este municipio permanecimos unos veinte años. Como es lógico, allí llegué a la mayoría de edad, que por aquel entonces era a los 21 años.

Entonces me fui a hacer el servicio militar y una vez cumplido éste me vine a Cataluña.

Rafael Calatrava, 20-10-06

Capítulo 2

Durante los veinte años que permanecimos en el citado municipio de Los Gallardos, pasamos tiempos malos y buenos.

Mi primer juguete fue un carro con un caballo. Me lo compró mi padre, que en gloria esté, en la fiesta de verano de Los Gallardos. Yo estaba loco de contento con mi juguete. Después me di cuenta de que el día que me compró aquel juguete fue el famoso 18 de julio, el último día de fiesta, porque allí se hacen tres días de fiesta, o se hacían, vaya.

A mi corta edad yo no me daba cuenta de lo que pasaba, pero veía a mi madre, que en paz descansa, muy preocupada y a mi padre igual y después me daba cuenta de que era motivado por la guerra.

Un día ocurrió un hecho muy desgraciado. A cosa de unos 2 km. de mi casa había una pequeña aldea llamada Los Llanos. Unos niños encontraron un objeto en la cuneta de la carretera, se lo llevaron a su casa y la abuela de estos les dijo: "¡No toquéis eso! Dejadlo a un lado hasta que venga vuestro padre". Los críos, llevados por la curiosidad no obedecieron y aquel objeto era nada más y nada menos que una bomba de mano. Como era de esperar, la manipularon y, si mal no recuerdo, mató a dos niños y la abuela quedó muy malherida. Yo me acuerdo como si fuera ahora de aquellas escenas de dolor y de aquel entierro múltiple que pasó por delante de mi casa, pues los féretros los llevaban a hombros camino del cementerio de Los Gallardos.

Con cuatro años me iba dando cuenta de que la vida no era un camino de rosas en los tiempos que corrían.

En casa teníamos animales, gallinas, conejos... Me hacía mucha gracia cuando llegaba con un manojo de hierba y se lo echaba en medio del patio a los animales. Todos salían, grandes y chiquitillos, como yo decía, y disfrutaba viéndolos comer.

Rafael Calatrava



Capítulo 3

Cuando yo tenía unos seis años ya tenía que ser más responsable. Me acuerdo que me preocupaba por el mantenimiento del horno de cocer el pan. Cada día iba llevando pequeños fajos de leña para calentar el citado horno.

Mi madre (que en gloria esté) cada semana hacía una hornada de pan, eso contando que hubiera harina. Porque encontrar el trigo a veces era un peregrinar. Cuando no tenían en los cortijos vecinos, mi padre (que en paz descansa) se desplazaba con una burra a otros municipios con el fin de poderlo encontrar y si lo encontraba era a precios desorbitados.

Otro problema era que no se podía circular por las carreteras con cereales, pues el trigo, el aceite... todo eso estaba supercontrolado por la fiscalía de tasas y la guardia civil. Al que pillaban con este tipo de cosas le requisaban la mercancía y, según como, le hacían pagar una multa. Luego, el trigo había que llevarlo al molino para molerlo y obtener la harina. Otra vez el mismo problema, así que había que cargarse de paciencia hasta poder resolver todo esto y así sucesivamente fuimos pasando los primeros tiempos de la posguerra.

Rafael Calatrava, 27-10-2006

Capítulo 4

En los tiempos de la guerra civil, hay que ver lo desvalidas que se encontraban algunas familias.

Un día me acuerdo que vino a vernos mi abuelo materno, que en paz descansa, pues resulta que tenía un rebaño de cabras del cual se cuidaba un hijo suyo y tío mío. A éste se lo llevaron a la guerra y se encontraron sin tener quien se cuidara de los animales. Mi abuelo no podía cuidarlos debido a una enfermedad reumática que padecía en las piernas. Por lo que yo recuerdo, mi padre, que en gloria esté, y él, hablaron del tema. Inmediatamente, mi padre habló con los propietarios de las fincas más grandes del municipio, para poder apacentar el rebaño en ellas mediante un pago anual. Por lo que yo oía todos los propietarios se volcaron a nuestro favor.

De inmediato trasladaron el rebaño de Tabernas al municipio de Los Gallardos.

Mi hermano mayor, que en paz descansa, que entonces tendría unos 14 años y yo 7, nos hicimos cargo del rebaño. Claro que mi padre, según los lugares, si eran sembrados y arbolados bajos, siempre nos ayudaba para que se respetaran las plantas. Yo, como ya me gustaban los animales, me sentía orgulloso cuidando el rebaño.

La verdad es que en aquellos tiempos no teníamos juguetes, pero disfrutábamos con cualquier cosa que nos hacíamos nosotros mismos. Por ejemplo, las pelotas para jugar al fútbol se hacían de trapos y con los carretes de madera vacíos del hilo de coser la ropa nos hacíamos cochecitos para jugar en los ratos libres.

La verdad es que aunque eran unos tiempos difíciles, a nuestra manera éramos felices.

Rafael Calatrava

Capítulo 5

En referencia al capítulo anterior, cuando mi tío regresó de la guerra, se llevó parte del rebaño de cabras, pero mi abuelo, que en gloria esté, quiso que una parte de los animales nos los quedáramos nosotros. Yo, que ya era un poco más grande y el rebaño había quedado más pequeño, me quedé sólo al cuidado del mismo. A mi hermano le gustaba más trabajar la tierra con mi padre y también aprovechaba si tenía la oportunidad de echar algún jornal en las fincas vecinas. A veces, para que no se me hiciera tan cansado, mi hermano iba con los animales y yo me ponía a ayudar en las cosas de la tierra, pero eso era muy de tarde en tarde, pues a mi hermano no le gustaba el trabajo de pastor y prefería hacer otras cosas del campo. Total, que el que se cuidaba del rebaño era yo y además el rebaño crecía deprisa, porque había vecinos que me entregaban animales a medias; esto quiere decir que la mitad de las crías eran para nosotros. Todo esto ayudaba a que el rebaño aumentara.

Pero algunas cosas me preocupaban mucho, no haber tenido escuela, sólo sabía un poco de leer, poner algunas cantidades con números, sumar un poco y una ligera idea de restar. Todo esto me lo enseñaban en casa mi padre y mi hermano. Además, a la edad de 14 ó 15 años echas en falta el relacionarte con otras personas de tu edad porque la vida de pastor es muy esclava, pero claro, en aquella época lo que había era eso y trabajos por un estilo y aun gracias, porque otros estaban peor.

Rafael Calatrava, 14-11--2006

Capítulo 6

Mi vida de juventud fue un poco solitaria aunque, a Dios gracias, a pesar de los inconvenientes conseguí tener compañía y no ser un analfabeto.

Tuve la suerte de que cuando tenía 16 años abrieron la escuela que había en la aldea donde yo vivía.

El maestro era un hombre joven, amante de su trabajo, de gran paciencia y astucia para guiar nuestros pasos. Yo hablé con él y enseguida me admitió. La única pega que puso es que ya iba a parar las clases debido a que ya estábamos a mitad de la primavera y solo quedaban dos o tres semanas de clase, ya que en ese tiempo las noches son más cortas. Él me dijo: "No obstante, puedes venir los próximos días que quedan y en septiembre podemos empezar de nuevo."

Las clases eran particulares y nocturnas, porque a la hora oficial no podía ser, ya que el que más y el que menos pasábamos de los 14 años, que, si mal no recuerdo, era la edad en que se terminaban los estudios primarios. Además, tampoco hubiéramos podido ir porque casi todos estábamos ocupados en trabajos del campo. A las dos semanas de estar asistiendo a clase avisó de que pararía las clases, debido a que en el mes de mayo las noches van siendo cortas, pero seguidamente oí que dijo algo así: "Hay un caso, que es Rafael, os pido que no me lo toméis a mal, si él quiere puede seguir viniendo aunque sólo



sea el tiempo justo para corregirle algún trabajo, porque ahora está en un momento que es lástima que lo deje". Yo, de momento me quedé indeciso, no sabía que hacer, porque me daba mucho corte que estuviera con un solo alumno y no me acababa de convencer la cosa. Se lo consulté a mis padres y ellos me dieron la razón, por lo tanto lo dejé. Pero a los 3 ó 4 días me vio y me dijo: "¿Que has estado enfermo?" Yo le dije que terminaba muy tarde y no me encontraba con ganas. Él me caló enseñuida. Entonces me dijo: "Sabes qué, vienes un día sí y otro no, yo te pondré deberes, al siguiente tú los haces y al otro te los corrijo y así sucesivamente hasta que lleguen las vacaciones." Así lo hicimos y la verdad es que cuando llegó septiembre yo me acuerdo que había adelantado bastante. Total, que con el hecho de ir a la escuela en mi tiempo libre, saber más o menos leer, escribir y algo de matemáticas yo ya me sentía como un niño con zapatos nuevos. Fue una de las épocas más felices de mi vida.

Rafael Calatrava, 24-11-2006

Capítulo 7



Aquel año, cuando llegó el mes de septiembre, mi profesor, tal como dijo, comenzó las clases.

El horario era de 7 de la tarde a 10 de la noche.

El equipamiento del aula no estaba nada mal, lo que sí era un poco deficiente era la luz, porque en aquellas aldeas aún no habían puesto la luz eléctrica. Para alumbrarnos teníamos un quinqué sobre una de las mesas y un carburo de los que se usaban en las minas, que, por cierto, daba una luz lo menos cinco veces más potente que el quinqué. Lo colgábamos del techo y así evitábamos nuestras propias sombras. Me acuerdo que el

maestro le puso por nombre la "pava". Así que cada día cuando entrábamos a clase ya estaba la "pava" encendida y colgada del techo.

Como el tiempo de clase eran unas tres horas, para que se nos hiciera más cómodo el rato, dado que de noche no era cosa de salir al recreo, el profesor cada día, a media clase, nos daba una charla de lo que fuera, por ejemplo, sobre los timadores, los malos vicios, o nos advertía sobre los riesgos que puede haber si se va con mujeres de la vida, etc.

Él se daba cuenta de que éramos como unos pardillos criados en el campo. En fin, que para algunos de nosotros, aquellas charlas eran tanto o más que si hubiéramos leído páginas en un libro. Tengo que decir que él se sentía muy a gusto con nosotros y nosotros con él.

Yo me preocupaba de avanzar todo lo que podía, para lo cual me llevaba deberes cuando me tocaba ir con el rebaño. Así, cuando tenía un momento de tranquilidad los hacía y además leía siempre que tenía ocasión.

El tiempo para mí era vital y solo me faltaban cuatro años para ir a la mili. Para mí, todo lo que era la enseñanza del colegio era algo así, por poner una comparación, como el que está ciego y poco a poco va recuperando la vista

Rafael Calatrava, 1-12 -2006

ROSARIO MOCHALES

Mis primeros recuerdos

Lo que yo recuerdo de cuando era pequeña es que vivíamos mis padres y mis hermanos siempre en casa. Mis abuelos murieron cuando yo era pequeña y no los conocí.

En casa vivíamos de la agricultura. Mis hermanos eran todos mayores que yo, trabajaban en el campo y yo ayudaba lo que podía. Al colegio casi no fui, pero me lo pasé muy bien todo el día jugando en la calle. Compaginaba la faena que me daban mis padres con la escuela y el juego.

El pueblo donde yo nací se llama Mazarulleque, provincia de Cuenca. Es pequeño pero tiene su encanto. Está dividido en dos partes, la parte alta que debajo tiene unas cuevas hechas por los moros cuando estuvieron allí por Castilla. En la parte baja está la plaza y en la otra parte del pueblo también está la sierra que divide Cuenca y Ciudad Real, se llama Sierra de Altomira, que tiene el mismo nombre que la patrona del pueblo: Virgen de Altomira.

La fiesta de la Virgen se celebra el día tres de mayo, se hace una romería en la sierra y la misa a la Virgen. Por la tarde había baile para todo el pueblo, incluidas las niñas. Yo recuerdo mucho las fiestas del pueblo. Las niñas nos lo pasábamos muy bien bailando en la plaza.

Rosario Mochales, 27-10-2006

Mi casa

Voy a explicar como era la casa donde yo vivía en el pueblo. Según se entraba había un patio. A la derecha, teníamos una pila de leña muy grande para el fuego; nos duraba todo el año porque entonces se guisaba con leña y hacía falta mucha. También teníamos calabazas de las amarillas, muy gordas, apiladas al lado de la leña. Servían para darles de comer a los animales todo el invierno. A continuación, teníamos las cuadras de los animales, de los conejos, las gallinas, el cerdo y las mulas. Las ovejas las teníamos en otro corral, a las afueras del pueblo.

Según se entraba por el patio, enfrente teníamos la puerta principal de la casa. Lo primero que había era el portal, al lado derecho estaba la cocina y el cernedor, enfrente una habitación y las escaleras para subir a la segunda planta, que allí estaban las demás habitaciones y también donde se guardaban las cosechas.

Mis hermanos mayores trabajaban en el campo y cuando venían por la noche iban a la escuela para aprender a leer y a escribir. Ellos, de pequeños, no fueron a la escuela.

Rosario Mochales, 3-11-2006



Como vivíamos en el pueblo las niñas y los niños

Voy a explicar como vivíamos los niños cuando yo me crié en el pueblo. Íbamos a la escuela por separado, los chicos tenían la escuela en la planta baja y nosotras, las chicas, en la primera planta. En la escuela, además de aprender, teníamos algunas obligaciones. Una era que en invierno teníamos una estufa de leña en la clase y cada día les tocaba a dos chicas encenderla. La otra era que nos mandaron a la escuela leche en polvo y también la hacíamos nosotras. Se calentaba el agua en la estufa para hacerla y a media mañana nos la tomábamos. Entre los seis y los doce años fue el tiempo que yo fui a la escuela. Tuve dos profesoras, una era del pueblo y la otra nos la mandaron de fuera. Yo las recuerdo con cariño a las dos

Los jueves por la tarde no teníamos colegio y en primavera cuando los trigos estaban ya salidos y todos verdes nos mandaban las madres a las niñas con un canasto de mimbre y un cuchillo a coger collejas que se criaban en los sembrados. También jugábamos mucho a la comba, al escondite, y a muchos otros juegos más que no me acuerdo. Las muñecas las hacíamos nosotras de trapo, con trozos de tela que se los cogíamos a nuestras madres.

Los trabajos que a mí me mandaban eran ir a coger olivas, a trillar, a coger garbanzos y muchas otras cosas más.

Rosario Mochales, 10-11-2006

Las fiestas del pueblo

Había varias fiestas en mi pueblo. Una era el día tres de mayo que era el día de la patrona. Se iba a la iglesia y se cogía a la Virgen en andas. Casi siempre se encargaban los mozos de llevarla. Mis hermanos la han llevado muchas veces y todo el pueblo en procesión subíamos a la ermita que estaba en la sierra.

Allí nos juntábamos gente de todos los pueblos de alrededor, así que lo pasábamos muy bien.

Se hacía la misa y se pasaba todo el día. La gente se llevaba la comida, unos hacían arroz, otros tortilla, chorizos, en fin, cada uno lo que tenía. Después de comer se hacía el baile, se llevaba un músico que tocaba el acordeón y todo el mundo a bailar. Por la tarde, se regresaba al pueblo y se acababa la fiesta.

A esta Virgen, la gente del pueblo le tenemos mucha fe. Cuando yo estaba, las mujeres hacían promesas, por ejemplo, subir descalzas a la ermita. Ahora no sé como lo celebraran, yo hace muchos años que no voy.

En septiembre, el día 8 es la fiesta mayor. Para San Blas también es fiesta. Para San Antón, que es el día de los animales, los más pequeños se llevaban a la iglesia a bendecir y los grandes como los burros, las mulas, el cerdo, estos no se llevaban, pero yo recuerdo que mi madre llevaba un pan a bendecir a la iglesia y se lo repartía para todos. Luego estaba la Semana Santa que se celebraba como en todos los pueblos, las misas, las procesiones, y lo que mi madre nos hacía cada año era la comida, que no se podía comer carne. Una de las

comidas que yo recuerdo es la del Viernes Santo, que era potaje de garbanzos con bacalao y espinacas. El domingo de ramos también era fiesta, el día del Corpus. Luego estaban las Navidades que yo las recuerdo diferentes a las de ahora. Entonces no se gastaba tanto dinero como hoy día, se cenaba lo que se tenía. Sacábamos rosquillas, mantecados, que los hacía mi madre, y turrón, cantábamos villancicos y para reyes nos echaban poquitas cosas.

Rosario Mochales

La evolución de la vida

Desde que yo recuerdo hasta hoy día, la vida ha cambiado mucho. Entonces, para calentarse no había calefacción, nos calentábamos con leña. Teníamos brasero, estufa y fuego en el suelo.

También ha cambiado la forma de lavar. No había lavadoras, se hacía todo restregando en una losa de madera en el lavadero municipal. Después salieron las lavadoras de turbina, que yo me compré una, pero esto fue aquí en Barcelona, no en el pueblo. Esta lavadora solo lavaba, se aclaraba a mano. Por cierto, que me dejaba la ropa como la nieve de blanca.

La forma de comunicarnos también ha cambiado, ahora es mucho mas practica. Antes se hacia por carta. Yo recuerdo, cuando era pequeña, que mi madre me dictaba las cartas y yo las escribía. Hoy día con el teléfono y los móviles estamos siempre comunicados con la familia o amigos por muy lejos que se encuentren.

Recuerdo las oficinas de telefónica. En mi pueblo había una, si alguien te llamaba por teléfono la persona que se encargaba de la oficina te avisaba y tú ibas allí o, si querías hablar, pues hacías lo mismo, ir a la oficina.

La electricidad no llegaba a todos los pueblos de España y tampoco se tenía luz en toda la casa, solo se ponía en el sitio que más falta hacía. Para conservar los alimentos no teníamos neveras, se ponían en el sitio más fresco de la casa. Las carnes, el queso y otros alimentos se ponían en aceite para que no se estropeasen.

Rosario Mochales, 20-10-2006



ROSA ARMENGOL

Els meus avis

Només he conegut una àvia, la mare de la meva mare. Els avis de la banda del meu pare ja havien mort quan jo vaig néixer. El meu avi patern va morir d'accident a la pedrera, quan el meu pare només tenia tres anys.

La meva àvia materna vivia a Molins de Rei amb la meva tia. Cada diumenge venia a passar el dia a casa nostra. Com que en aquell temps hi havia pocs cotxes de línia, venia a peu i jo l'anava a esperar fins a les Moreres. Ella estava molt contenta quan em veia i així arribàvem fins a casa. Passava el dia amb nosaltres i a la tarda l'anàvem a acompanyar, a peu, fins a Molins de Rei.

Alguna vegada quan era festa de col·legi em quedava a dormir a casa seva. M'agradava molt quedar-m'hi perquè allà hi vivien els meus cosins i ens ho passàvem molt bé.

La meva àvia vivia a la carretera i una de les coses que més recordo era que em despertava el soroll dels carros. Jo no estava acostumada a sentir cap mena de soroll, perquè on jo vivia no se sentia res. En aquell temps encara es podia sentir algun mussol amb el cant tan característic del xut-xut.

A Molins de Rei sempre s'ha celebrat el dia de la Fira. Quan arribava aquest dia anàvem tots a dinar a ca la iaia. La iaia feia un arròs molt bo. Sempre recordaré aquell gust i aquella olor. Penso i dic que l'arròs de la iaia era el més bo que he menjat mai.

Després de dinar anàvem a fer una volta per la Fira. La meva mare sempre trobava algun conegut o algun parent, com per exemple una cosina que vivia al Papiol i que anava amb els seus fills: "Feu un petonet a la cosineta de Pallejà!". I així durant molts i molts anys. Perquè les coses sempre són iguals. Però de sobte, no saps com, les coses han canviat. Per cert, què se n'haurà fet, dels cosinets del Papiol?

Rosa, 18-1-2007



Any 1938, Font del Carinyo o Can Coll.
La senyora Lliberata, la meva cosina
Rosa Boltà i jo, Rosa Armengol

Mis juegos de infancia

Mis juegos infantiles eran muy variados. Dependía de si era invierno o verano. Cuando empezaba el verano saltábamos a la cuerda y a la xarranca. Nuestro campo deportivo era la calle que está delante del colegio Jacint Verdaguer. Jugábamos mucho a partidos, consistía en hacer dos grupos y tirar la pelota de un grupo a otro, el que cogía primero la pelota se iba al otro grupo y así hasta terminar con el grupo contrario. El que terminaba primero ganaba.

Jugábamos al escondite por las calles de detrás de

la Iglesia, que en aquellos tiempos no eran calles, más bien era monte con algunas casas. Nos divertíamos mucho. Los domingos por la tarde íbamos a las monjas, allí jugábamos al parchís, al juego de los disparates, nos contaban alguna historia. Así pasábamos la tarde. Algunas veces nos daba por hacer colecciones de todo. Las más corrientes eran de propaganda de las películas que se hacían tanto en Pallejà como en Molins de Rei o en Sant Vicenç, de estampas religiosas, del famoso TBO. También había un cómic que se llamaba *Mis Chicas*. Tenía un montón.

Jugábamos mucho con muñecas. Hacerles vestidos era lo que más nos gustaba.

Rosa Armengol, 7/6/2007

Els meus oncles i les meves vacances

Ja esperava l'estiu perquè vingués el meu oncle i se me'n portés a Pineda. No m'agrada gaire pensar en el passat però aquesta etapa de la meua vida va ser maca. Venia el meu oncle a veure els seus germans, sempre per la Festa Major. Llavors la meua cosina i jo ens n'anàvem a Pineda tot l'estiu. Suposo que m'agradava tant perquè era completament diferent del que feia sempre.

Els meus oncles tenien un bar a prop del mar, es pot dir que era només de pescadors. En aquell temps hi havia moltes barques que sortien a la mar a pescar. Quan anaven a pescar i quan arribaven, sempre passaven pel bar a fer la barreja o a prendre un cafè.

Sempre hi havia animació i això a mi m'agradava molt.

La meua tia no sortia mai del bar, però era una dona moderna avançada al seu temps. Penso que seria perquè començaven a venir turistes en biquini i ella ho sabia acceptar. També sabia escoltar aquells homes que de vegades tenien problemes, encara que ella en tingués més.

També m'agradava perquè em sentia estimada. Com que hi vaig anar de molt petita em tractaven amb molt d'afecte, i penso que aquells homes tan durs i colrats pel sol, pel vent de mar i les ones, no semblava que poguessin ser tan afectuosos.

El principal de les vacances era anar a la platja cada dia a banyar-nos i passar-hi tot el matí. Era molt diferent del que feia a casa, per això m'agradava tant. Perquè no ens toqués el sol ens posàvem al costat de les barques. Encara recordo aquella olor de peix. Segurament ara no l'aguantaria. Però quan alguna vegada sento una olor semblant, recordo aquelles barques i les meves vacances.

Els meus oncles van posar aquell bar i tot els anava molt bé fins que va venir aquella maleïda guerra i se'n va anar tot a rodar. El meu cosí va marxar a la guerra i no va tornar mai més.

Això els va destrossar la vida, però van continuar lluitant per poder sobreviure. Per això quan hi anàvem, la meua cosina i jo, ells estaven tan contents.

Rosa Armengol, 23-3-2007



Els espectacles

El que més vèiem era cine. Cada diumenge anava al cine i estava molt contenta que m'hi deixessin anar. El feien al Casino, avui ja desaparegut. Estava situat on ara hi ha la Caixa. A mesura que vaig escrivint, m'adono que al poble no hi queda res del que hi havia abans. Molts anys després, quan jo tenia els nens petits, el cinema el feien al Castell. Ara hi ha la Biblioteca, una altra cosa que també ha canviat. Sort que l'han fet molt maco, i molt útil; és una de les coses que trobo molt encertades.

No recordo haver vist mai circ a Pallejà. Una vegada vam anar a Barcelona a veure'n i no em va agradar. Encara no m'agrada. El que alguna vegada havien vingut eren alguns comedians, que més aviat feien pena, però els anàvem a veure. També havien fet cinema a la plaça, a l'aire lliure. Les pel·lícules eren molt antigues però tot servia per passar l'estona. També hi havia un grup de teatre que ho feia molt bé; la meva cunyada Marta era gairebé sempre l'actriu principal, en sabia molt.

El que més se celebrava era la Festa Major. Gairebé sempre feien el mateix: ball a la tarda i a la nit. El segon dia a la nit feien teatre, sempre sarsuela. També feien una tómbola, el benefici de la qual era per a l'església. Anàvem a vendre butlletes, era divertit. El que no era tan divertit era anar de casa a casa a demanar per a la tómbola; et senties dir de tot. Alguns et donaven diners, altres objectes i també havíem fet nines: el cos era de roba i el cap, els braços i els peus els compràvem d'escaiola. El vestit cadascú el feia com volia, era com una competició.

Rosa Armengol, 2-3-2007

Evolució de la llar

Quan jo era petita les coses de la llar eren molt diferents de les que tenim avui. La casa on jo vivia era petita, només tenia dues habitacions, i jo havia de dormir a la mateixa habitació del meu germà. És per aquest motiu que vam canviar de casa.

Tant en una casa com a l'altra no teníem cap comoditat.

La casa era de dues plantes. Als baixos hi havia l'entrada, la cuina i el celler on es guardaven les eines del camp. A la segona planta hi havia les habitacions. Ni pensar-hi, en tenir sala de bany. Això era un luxe, havíem de rentar-nos com podíem. Eren poques les cases que en tenien. Cuiàvem en una cuina econòmica, la fèiem anar amb llenya o amb unes boles de carbó que feien a Cal Molins. També teníem una llar de foc i una estufa de serradures per escalfar-nos. Per estar a la vora del foc en teníem prou amb unes cadires.

La meva mare era la que rentava, però quan feia molt fred jo l'ajudava: posàvem la roba en un cubell amb aigua calenta i així no teníem tan fred. Per planxar teníem unes planxes de ferro que les escalfàvem sobre la cuina econòmica i quan estaven calentes planxàvem. Ja teníem una planxa elèctrica, perquè la meva àvia ens l'havia regalat.

Vam tenir ràdio quan jo ja tenia vint anys i com que sempre he estat una rara em molestava. No suportava el programa del senyor Dalmau i Vinyes, perquè cada dia s'havia d'escoltar el mateix.

Jo crec que les coses van començar a canviar cap als anys cinquanta. Quan em vaig casar, l'any cinquanta-set, ja vam comprar una rentadora de bombo de fusta, però havíem de posar l'aigua amb una galleda perquè no era automàtica. Després en vam tenir una de turbina però continuàvem posant-hi l'aigua. Teníem nevera de gel i posàvem un terròs de gel i així es refredava.

L'any seixanta-tres vam comprar el televisió, una cuina i una estufa de gas butà.

Les coses referents als electrodomèstics han canviat molt. Les rentadores són automàtiques, hi ha assecadores per no haver d'estendre la roba, tenim microones, cuines i forns elèctrics, ordinadors, estem connectats a Internet i cada dia hi ha més coses que no entenem.

Rosa Armengol, 23-2-2007

Aquellos maravillosos años

Cuando salí de la escuela fui a coser. Casi siempre cosía para la modista. Cuando llegaba la Fiesta Mayor no teníamos nunca hora para terminar, se tenían que terminar todos los vestidos. Siempre parecía que no tendríamos tiempo, pero a última hora todo quedaba terminado.

A los dieciséis, fui a Molins de Rei. Aprender el corte me sirvió de poco porque nunca hice de modista. Pero me sirvió para pasármelo bien y reír mucho.

Tampoco puedo quejarme del trabajo porque nunca fui a trabajar, porque solo se podía trabajar en la fábrica de Molins de Rei, aquí no había. "No estábamos capacitadas para otros trabajos." Mi padre no quiso nunca que fuera a trabajar tan lejos.

Lo que sí hice, y esto no me lo perdonaba, era ir a coger fresas. Era el primer dinero que se ganaba después de haber pasado casi medio año sin entrar ni un duro.

Los domingos íbamos al cine y en verano, como no hacían cine, hacíamos alguna merienda en las Rovires. Nos conformábamos con poco.

A los veintiún años murió mi padre. Todo cambió. No tengo palabras para expresar el disgusto que tuve. Parecía que el mundo se hubiese terminado. Con el tiempo todo pasa, aunque no se olvida.

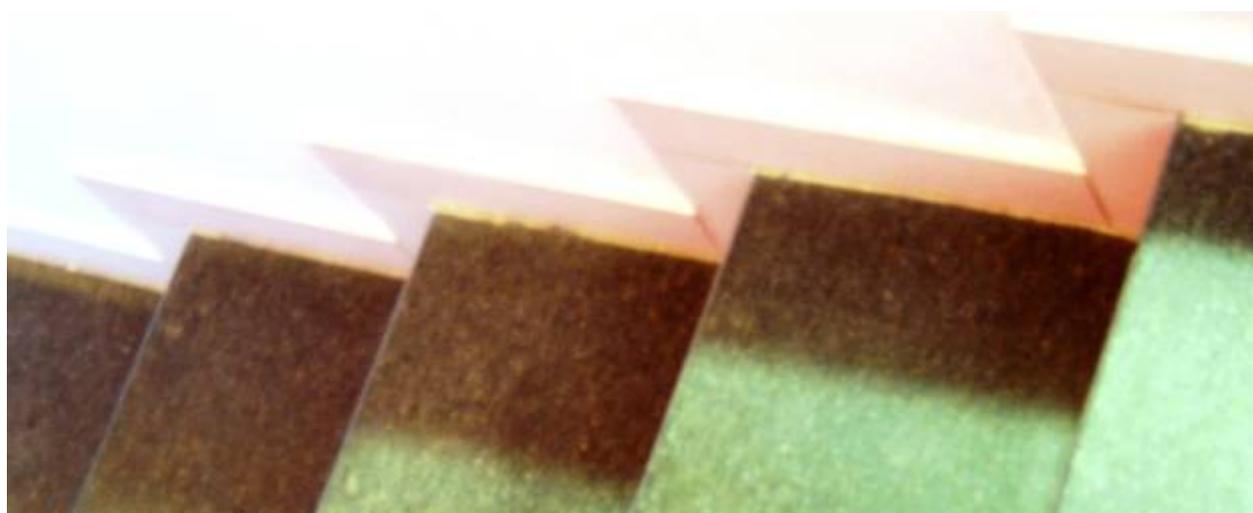


Al cabo de un tiempo, empecé a salir con el que hoy es mi marido. Podría escribir mi novela pero como es muy personal me la guardaré para mí.

Nos casamos hace cuarenta y nueve años, hemos pasado tiempos buenos y no tan buenos, pero lo hemos superado y estoy contenta. Tengo seis hijos y ocho nietos, para mí los mejores.

Me ha gustado recordar un poco el pasado pero no quiero pensar en el futuro, prefiero gozar del presente que tampoco es tan malo y terminar con lo que dijo Escarlata O'Hara en *Lo que el Viento se Llevó*: ¡Hoy no tengo tiempo de pensar, mañana será otro día!

Rosa Armengol, 1-11-2006



Ajuntament  de Pallejà

Aula de Formació d'Adults de Pallejà

